

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, MARZO 31 DE 1934 — No. 34

VISTO Y OIDO ★ *Un Llamador Salvavidas*  por PREMIANI



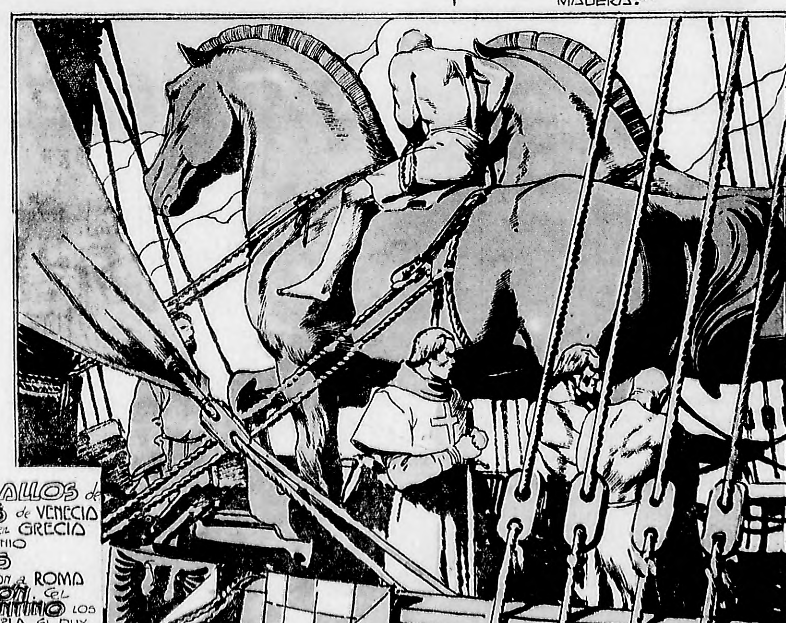


EN TÚNEZ HAY UNA CASA DE CEMENTO ARMADO INCLINADA. LOS CIMIENTOS HAN CEDIDO SIN QUE SE AGRIETASEN LAS PAREDES.



EN LA CATEDRAL DE DURHAM (INGLATERRA) HAY UN ALDABÓN DONDE LOS CRIMINALES AL AGARRARSE DE EL ESTABAN A SALVO. OBLIGADOS A SALIR DEL PAIS, DEBIAN LLEVAR HASTA LA FRONTERA UNA PESADA CRUZ DE MADERA.—





UN NAVIO CARGADO DE PALABRAS

POR
LUISA SOFOVICH

Ilustración de Sorazábal

AL entrar, las vivas florecillas le salieron al encuentro, y en seguida sus palabras. El había creído necesario decirle que si no hubiese venido tampoco estaría arrepentido de habérselo pedido.

Ella lo miró risueña. "Para comenzar daban lo mismo esas o parecidas palabras".

En aquella habitación se olía su primera cal, como si en ella nada hubiese sucedido. Era extraño.

—¿Quiere que descorra? La vista es horrible.

—Ahora —pidió— déjeme ver... Poca luz...

—Ya se sabe — respondió. Creía que debía adoptar una actitud irónica. Y mientras se inclinaba sobre la boca de la pecera "¿Le amo, acaso?", se preguntó.

—¿Va usted a quedarse con los guantes?

Ella se rió y se quitó el sombrero. Como de un oscuro frasco destapado se expandió el perfume suave, compacto, caliente. Andrade respiró. Quería, no obstante, no perder de vista su incredulidad. "¡Hum!... Había venido, sí... No bastaba... A ciertas mujeres — recordaba su aire de la tarde anterior— el público, el celestinaje, de la gente reunida las enternece..."

Una exclamación suya le interrumpió.

—¿Y esto?

Había estado curioseando en la habitación: antiguos olores, fondos desvanecidos de los espejos, voces extraviadas, lo indefinible, la muda presencia, la última de las últimas sonrisas...

Andrade se acercó. Detrás de unos libros había una botella de un verde amarillento. Turbado, dijo:

—Aceitunas.

Rió estrepitosamente. Reía, reía. Quería poner un comentario de gran hilaridad, pero una extraña indiferencia —y estaba sonrosada por el esfuerzo— apareció como fondo de su risa. Sintió como un hallazgo cualquiera, no más, podía desviarla. Espió en el rostro de él: también él acababa de recibir esa sensación. Sólo como un escalofrío inexplicable.

Andrade optó por abrir el frasco.

—¿Quiere?

Ella mostró abierta su mano, en la que, como en ninguna otra parte de su cuerpo, habíase detenido el tiempo. Pero aquel gesto la rejuvenecía extraordinariamente.

—Pocas, pocas — y sus dientes mordieron, sin coquetería, la carne verde.

El, por decir algo, preguntó si estaban saladas.

Un pensamiento malicioso aleteó en sus pestañas:

—Debiera usted saberlo.

Andrade probó una, blanda, insípida. No dejaba de observarla. Pensó en su mujer, en que había sido precisamente ella la que con su insistencia... Se trataba de un recital y él se negaba a acompañarla, frente al espejo, se colocaba por tercera vez el sombrero, él hacía gestos vagos. Al fin le dijo que no se creía imprescindible.

Su mujer, hija de un profesor de cierto renombre, conservaba aun esa afición a peinarse mostrando la mitad de la oreja, propia de las hijas de pedagogos, aun cuando en lo demás, hacía tiempo que había olvidado a su ilustre padre.

Con un corazón impotente, incapaz de ningún desequilibrio, la casualidad había dotado a su piel de una tonalidad acentuadamente carnal. Sus ojos oscuros, eran muy rasgados, y su mirada poseía un poder sin brillo, indescifrable.

Así, había colgado en su sala pinturas de perfiles cálidos, desnudos como frutas, especulando. En cuanto a sus amigas, sólo les exigía que en presencia de su marido, le diesen la razón en todo.

Sin volverse, ella repuso:

—No, no lo eres, ¡qué vas a serlo! pero quiero que me acompañes.

"Aquello pasaría de una hora ¡Qué fastidio! El salón sin luces, sin molduras, sin cuadros, las mujeres de sonrisas de "vernisage". Los hombres, bueno, los hombres..."

Irma Llanos, a la que desde hacía medio año gustaba encontrar en todas partes, no iría, por lo tanto, seguro de no hallarla, maldito si le quedaban al hombre deseos de ir.

—Esa señorita me resulta atroz — refunfuñó. — Debe calzar por lo menos el número cuarenta.

Helena, imperturbable, volvió a quitarse el sombrero:

—Pero recita admirablemente y no se le ven los pies.

Hasta aquí. Comprendió su inutilidad, distinguía como pocos los giros del diálogo conyugal y lo importante que era acatar, dejar indemne el amor propio, que los matices no pasasen de ser matices.

—¿A qué hora comienza? — preguntó resignado.

Ella indicó, con un gesto, la mesa. Leyó en la cartulina de ajados bordes:

—Las seis. Llegaremos tarde.

Helena se había colocado frente a la luz:

—No importa. No va a recitar más que a Baudelaire.

Aguardó pacientemente. Luego Helena atendió a una amiga que la llamaba al teléfono. Al fin, salieron.

Llovía. Luces cobrizas, jirones del frustrado crepúsculo se enredaban al agua. Andrade olfateó el aire. "Daban ganas de irse andando".

—Claro, en cuanto sientes el agua... comenzó Helena metiéndose en el interior del automóvil que él hizo detener.

Su marido la interrumpió:

—¡Qué, si yo me siento muy bien! — y estiró las piernas. Después, sólo pidió que durante el trayecto no crujiesen sus articulaciones al influjo de la humedad. Su reuma provocaba el malhumor de su mujer que, en los días lluviosos, encontraba que los tranvías olían a "caldo de gallina".

Iban por Callao. Pasaron la plaza, sombra verdosa traspasada por la lluvia rápidamente. Descendían hacia Santa Fe. Una luz amarilla salía de los portales aristocráticos.

—¿Cuándo verás al arquitecto?

Estaban haciéndose una casa para irse a vivir, con jardín al costado, jardín en el que nunca crecerían los pensamientos y los alelíes. Respondió que últimamente no lo veía. ¡Cuántos contratiempos! Por teléfono acababan de preguntarle que para cuándo la casa, que si se había interrumpido la obra, que si los tiempos actuales, etc., etc....

Andrade reía. Arrellenado en la penumbra, gozaba silencioso, la tregua atmosférica. Arriba, en los balcones, los helechos se peinaban bajo el agua. Por la acera las gentes que iban eran envidiables. Cuando llegaron, su mujer tuvo que decírselo.

Entraron.

(Porque la tumba siempre comprenderá al poeta). La recitadora era alta, huesuda, bella, bella como a pesar de sí misma.

Con los hombros inmóviles dejaba resbalar las palabras sobre su largo cuerpo, que se hacía más largo a partir de las caderas hacia abajo.

Halló que "no estaba mal". Mientras tanto Helena se abría paso entre los que se habían quedado de pie.

en las eternas noches del insomnio cautiva
te dirá: ¿Qué has logrado cortesana incompleta
con cerrar tus oídos a todo sufrimiento?

En efecto, planeaba su desmesurada anatomía en la recitación como en un descanso, y no muerto. Se sentía vivir la vida de las palabras, cintas ora sombrías, ora refulgentes, enlazadas sobre su busto caído como una dalia. "Si... escuchó:

Yo te quiero contar; oh muelle encantadora!
las bellezas distintas que tu cuerpo atesora.

...había algo en ella que sufrir".

Cuando pasas moviendo tu falda amplia y flotante
pareces un hermoso navío resonante
que avanza, dando el lienzo al viento,
según un ritmo dulce y perezoso y lento.

Era magnífica. Su voz cálida y plena, untada de feminidad espesa y al mismo tiempo con cierto retardatismo infantil, venía de un fondo frío, frío en absoluto, impasible. Esto se percibía de un modo indefinible, como un malestar, como un misterioso atractivo más. ¿Por qué decía los versos? ¿Esa ardiente voz sin ardor, trataba de vencer, vencerse a sí misma? ¿Deseaba ser la otra mujer de su acento, o en lo hondo, estaba tranquila, conforme con su magestática postura con su terrible timidez? —

Cuando pasas moviendo tu falda amplia y flotante
pareces un hermoso navío vacilante
que avanza dando el lienzo al viento
según un ritmo dulce y perezoso y lento.

Y ella era también como un navío, alto negro, cargado de palabras.

Sonaron aplausos. Tibios, como una borla de polvos sonrosaron su escote, que en seguida recobró su lisa opacidad. Saludó y desapareció entre los cortinados.

Hubo un poco más de luz, la suficiente para que él se encontrase con unos ojos que ya, en la oscuridad, le habían visto.

Irma llevaba un vestido del color rosa viejo de uno de los sillones de la habitación donde le recibía. Sintió el espolonazo de aquel muelle que aun no había sido testigo. Estaba sola. Había ido por él, no lo dudó. Ella conocía la tontería de Helena, su deseo de estar, en el transcurso de una tarde, en dos sitios distintos a la vez.

—¿No es esa Irma Llanos? — preguntó a su mujer. Había querido tan sólo nombrarla, acercarla a sí mismo de ese modo, pero a su mujer la absorbía hasta el padecimiento la algodonosa escaramuza social, y en ese mismo instante, estaba empeñada en identificar un rostro que ya había creído ver en otra parte un día que hacía calor, "y había una señora con un vestido con grandes anémonas violáceas, estampadas".

De nuevo se apagaron las luces.

Otra vez frente a aquel público ávido y maldiciente, la recitadora cayó en ser inmovilidad como en una desnudez intocable, o como si sólo de este modo pudiese su alma realizar su labor de rescate.

Andrade desdobló la cartulina:

Te adoro como adoro la bóveda nocturna
Quisieras ver al mundo morir en tu calleja
con su ondulaciones de velos nacarados
La Giganta.

Y como final:

El Albatros.

Perfecta, comenzó:

Te adoro como adoro la bóveda nocturna

Hacía calor. Se sentía, sobre todo, la temperatura creciente de los senos femeninos, a los que la calefacción iba a buscar en sus negros estuches, se sentía pesar la vida redonda y tibia, escatimada por esa flaca elegancia que sólo admite el brillo de las perlas.

Escuchaba distraído. Unos asientos más adelante, la oscuridad no lograba apagar la encendida espalda cuyos latidos creía percibir. Si, había venido por él. No quería obsecarse. Pensó que la mujer, su presencia balsámica, debiera ser como la lluvia que afloja los miembros. Lasitud, lasitud. Sonrió. Tenía a su derecha a un señor y de vez en cuando le oía decir, en voz baja, "Maravilloso", "Maravilloso". Tan innanimado, tan femenil, que enviciaba los versos. Debía ser un hombre de fortuna. Su rostro, como sus zapatos, habían envejecido sin gastarse, y se le veía respirar por esas palabras un hilito de vida inútil, un estéril fervor. La dama que lo acompañaba mostraba, por debajo de la pintura, los labios blancos como la carne de los langostinos. Una flor extraña, trapo retorcido, refinado, en su pecho, era el toque, su sello, su estilo inasible.

Andrade sintió recrudecer su deseo. Veía su espalda, los hombros un poco caídos, el pliegue más acentuado de los brazos. En ella podría estar el otro sabor de la vida. Era una mujer distinta, con algo de alentador siempre en su presencia.

La gente marinera con crueldad salvaje.

Se oyeron los versos finales. Unas señoras, de pie, se daban con una mano, entusiastas golpecitos en la otra. La recitadora recogió el enguantado rumor. Sonreía, y su sonrisa hacía recordar la de una sorda que no acabase de oír del todo a su alrededor, y no lo confesase nunca.

Helena quiso irse en seguida, pero la salida se desenvolvía con pesada y correcta lentitud. Parecía que se aguardaba algo, algo más. Su mujer, encima, conocía a mucha gente. Andrade la observó. Estaba sorprendido: de su cara había sido arrancada la película tersa, morena e insensible. Sobresalían, demacrados, sus anchos pómulos y los dos pálidos puntos rosas asomando por debajo de los cabellos parecían expresar lo viviente, lo inconfesado escondido en ella.

Le preguntó qué le sucedía. Ella sacó su polvera y se miró en el espejito:

—Ha sido un poco monótono, ¿no?

—¡Hum!... Había entrado en la sala con un deseo tan apremiante de... Baudelaire. ¿Esperaría "también" ver a alguien?

Andrade sintió una vaga inquietud.

Tuvieron que detenerse. De tanto en tanto, al inclinarse para estrechar alguna mano, veía con el rabillo del ojo cómo la otra acortaba el paso. En el salón, semivacío ya, su presencia solitaria tenía un aire indeciso, adolescente, y al mismo tiempo astuto.

Como empujado, dijo a su mujer que lo aguardase, y sin darle tiempo a responder, se apartó.

Irma, que le veía llegar, saludó a Helena por encima de su hombro. La respuésta fué tan maquinal que, como momentos antes él, ella también dudó. ¿No se habría equivocado al juzgarla? "De pronto —pensó— estas hijas de idealistas que de niñas, un día en que las dejaron solas en la casa, descubrieron, acercando un fósforo al revés de un platillo, cómo se obtiene "humo" para los ojos..." Tenía a Andrade enfrente. El se inclinó y le habló de unos dibujos, croquis de muebles para la nueva casa, etc., etc., que ella debía ver.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Lo siento, pero no puedo ir — dijo ella. El la saludó y se fué.

Les había quedado a ambos entre medio la lluvia de toda la noche.

—Le dije que no vendría —explicaba Irma reuniendo los huesecillos descarnados— pero temí que si cumplía, luego usted no lo haría.

—Se equivoca.

Ella se permitía dudar:

—¿Qué pensaría de usted, eh? Era falso el sonido, pero su instinto de mujer la empujaba a armar las palabras con apa[...] cia de algo. El nada veía:

—Siempre acabará pensando lo mismo— murmuró con[...] to conciliador.

"No —se dijo depositándolos en el cenicero— no le [...]

Pero ya estaban ahí. Sentían sus dedos la excesiva to[...] del tejido que revestía el diván, una manta norteña con [...] llas de un vivo primitivismo, prado ingenuo, florido. Con[...] talmente: "un año, dos... tres". Se acordó de una much[...] había conocido en cierta ocasión. Era rubia, seductora, [...] ñas, y solía decir que sólo le bastaba, al levantarse, por la [...] una ducha, para sentirse pura.

Sentía una ligera excitación. La verdad, una de la[...] verdades, ahora estaba empeñada en realizar un buen [...] to. ¿Por qué no? Resulta muy difícil olvidarse que algu[...] ha participado en una fiesta de final de año familiar... [...] podía mirarle sin pensar en su mujer, mostrando como [...] tes sin brillo, los lóbulos de las orejas por debajo de[...]. A[...] ¿Por qué se había casado con ella? Probó otra aceituna. Resultaba cómico el estar comiendo aceitunas que estaban, por lo demás, muy blandas y desustanciadas.

Al volverse con la fruta entre los dedos, se encontró con él inclinado, abrazándola los muslos. No la dejó caer. No se resistió. Su sangre se reanimó, y en seguida, sintió como esa misma sangre se alejaba.

—Andrade — dijo con dulzura.

¡Ah! quería continuar su juego... Debía decidirlo. El ya estaba en el límite y puesto que no parecía entenderlo... Ella le debía su alegría...

Ella se sonreía. Había dilapidado su alegría, su arco como una boca, sus pupilas dobles, su cinta que nunca se anuda. Estaba ciego, ciego.

—No se quede sí — dijo al cabo.

Andrade fué a aplastar con su frente los pliegues del visillo crema. Lo miró. ¿Debía quizá agradecérselo a su propia mujer, cuya teñida vitalidad se consumía, íntegra, en la elección de un motivo decorativo para las paredes? Ambos se sentían aislados, pero sus corazones eran una cosa insatisfecha, sincera a pesar de todo. Ella, por su parte, creía conocer el muro de aquel sentimiento; se apoyaba en el deseo.

Irma se preguntó si importaba que ese y no otro, fuese el camino. Era triste, con el sabor del azucarado jugo que pueda extraerse de una planta amarga.

Inclinada sobre la pecera, sumergió un dedo en el líquido, agitándolo; el agua vibró en ciegos círculos de escamas.

Ocultaba, hipócritamente, su desamor por los débiles animalitos, por la flor en su rama, su deseo de amor.

—Lo enloquece — acabó por decir él, que la estaba observando con el ojo sombrío del entrecejo.

Lo dejó en paz. Fué a sentarse sobre las florecillas como si estuviese delante de la cámara fotográfica. Instantes después, las florecillas, estrujadas, oyeron:

—Escúcheme, escúcheme.

—Irma...

—Sí, sí... pero después no lo veré nunca más.

Suspenso, libre en su transparente vivienda, el pez sonreía con oblícua sonrisa. "Ahora te toca a tí", parecía decir.

—Escúcheme, es necesario que me vaya. Estaba consternada, lamentable. Asomaba la raiz ignorada de su alma deseosa de amor, y parecía como si siendo mucho más joven de lo que era, hubiese envejecido de pronto. A él le atemorizaba su creciente palidez, su trémulo labio inferior, su aire indefenso en medio de todo.

—Volveré — dijo y alzó los ojos hacia él.

Andrade no respondió.

—¡Oh, no volveré, no volveré! — gimió entonces.

Un silencio de estupor.

Andrade se alisó con una mano los cabellos. El tiempo se había alejado extrañamente. No obstante, sucediese lo que sucediese, ellos ya no serían el uno para el otro, desconocidos.

—Como usted quiera — dijo él y encendió un cigarrillo.

El pez hilvanó, con ágil circunsferencia, dos ondas; las florecillas recuperaron cada una sus cuatro pétalos.

—Escúcheme.

El se sacudía migajas invisibles.

"Dios mío —pensó— cree que soy una histérica"[...] lentamente el sombrero bajo su blanca, curiosa, mirada[...] que volver. ¡Qué escena!... Debo hablar, hablar..." Pe[...] día. El seguía mirándola. En silencio se arregló, por en[...] de la rodilla. Era un gesto despreocupado, acaso hab[...] él sintió el enternecimiento de esa intimidad que llegab[...] en la mejilla, cerca de la nariz, un beso torpe. Ella des[...] su piel, unos poros abiertos, pálidos, como huellas de un [...] cinismo, de una juventud confusa. Sintió a la vez repug[...] deseo de amarle, un oscuro deseo. Y, con un poco más [...] en la cara, tuvo que escuchar sus palabras, palabras [...] das, excesivas.

Todo había sido un aborto de todo.

Se apresuró. En torno a ellos las palabras creaban [...] ña atmósfera, un final galante que les movía a sonre[...] dos estúpidos.

Pero él no quería dejarla irse sola al frío que ac[...] arrebatársela.

La botella, con su medio cuerpo vaciado y sin [...] como un rostro después del llanto, los vió salir com[...] hubiese hallado algo más que esa verde carne, un [...] que los huesecillos amontonados en el cenicero echab[...]

En el portal, él se lamentó.

—Es una pena, pero ya no nos podemos ver a[...]

Sus ojos le interrogaron y él explicó que aq[...] había sido cedido por un amigo sólo por esa tard[...]

Irma protegió su pecho, dando una segunda v[...]

—Iré a verla — dijo él.

Ella se despidió con una mueca sonriente, [...] saba en la tarde anterior, en el recital, de él [...] tarde muerta, ¡muerta!

Y se llenó de rencor por las bellas palab[...] los duros pechos por una dura voz ardiente y [...]

LA CONFESION

★

¡PADRE, ayúdeme! Acudo a usted porque me sería imposible seguir viviendo sin un poco de ayuda. A veces creo que, realmente, estoy loca como mamá. Si fuera así, no me importaría. Los locos son felices. Mamá ríe y canta como una criatura, a pesar de estar loca y ciega. Si ella lo hubiera visto... Pero yo lo vi, Padre, y lo veo ahora mientras hablo. Y para lo que me han servido los ojos, bien podría estar ciega yo también.

Padre, creo que he violado un mandamiento, el más importante de todos. No, no me pregunte. Usted bien sabe cuáles son los que implican Purgatorio y chamuscantes llamas para siempre.

Todo comenzó el día aquél en que me llamaron de la comisaría para que identificara a un hombre que parecía ser Alastair Gawlor mi marido. ¿Creía que yo era viuda? Y bien ¿qué importa? Hace ahora quince años que Alastair me dejó allí en Listowel para ir a Australia. Nunca recibí una línea de él. Fueron quince años de paz. Bien. Yo me paré frente al hombre. Lo habían detenido al sorprenderlo robando dos panes del carro de Johnston Mooney. Parecía que los necesitaba realmente. Su aspecto era muy distinto al que presentaba la última vez que lo vi; pero los ojos y la nariz eran los mismos.

—Bien, Alastair —dije— veo que has vuelto.

Me miró de frente.

—No conozco a esta mujer—dijo.

No pude dar crédito a lo que oía. No lo quería, no sentía el menor afecto por él, pero me dolió que dijera eso de mí y que me mirara como si nunca me hubiera visto.

—¡Oh, Alastair! ¿Qué estás diciendo?. Quizá yo también estaría muy cambiada. ¿No me conoces? ¡Soy Mady!

El se volvió hacia el inspector. —¿Quién es esta mujer? —preguntó—. Yo no sé de qué habla. Vuelvo a repetir que mi nombre es Swilly; José Swilly.

Yo lo miré una y otra vez. Había cinco policías con nosotros y me contemplaban como cinco gatos contemplarían a un ratón. Pero no me importaba. Seguí con la vista clavada en su rostro, hasta que mis ojos se nublaron. Vi que tenía una pierna inválida y estaba delgado y envejecido, mientras que Alastair era muy buen mozo; pero no eran esas diferencias las que me hicieron dudar de su identidad, como tampoco el cabello que se había vuelto canoso, sino que Alastair no podía haber envejecido así ni con diez años más encima. Y hasta los ojos y la nariz ya no me parecieron los de Alastair cuando los miré otra vez. ¡Ah!, mejor dicho el rostro de Alastair que yo llevaba en la memoria se hizo borroso y se confundió con el del hombre que yo tenía frente a mí. Me sentí mareada, hasta el extremo de no saber ni adónde me hallaba. Y el hombre permaneció imperturbable, sin siquiera pestañear.

—Oiga, Mrs. Gawlor —dijo el inspector— ¿adónde están sus sentidos? ¿Es éste su marido o no?

—Yo no sé —contesté tontamente.

Todos se rieron.

—Bueno —dijo el inspector— está bien. Una mujer conocerá a su propio marido entre mil hombres más... infortunadamente, algunas veces ¿eh, muchachos? Parece que usted ha dicho la verdad, Joseph Swilly. Acostúmbrese a hacerlo así siempre.

Mientras ellos hablaban, sentí que mi mente se aclaraba de nuevo y comprendí que el inspector tenía razón. Ese no era Alastair. No sabría decir qué fué lo que me hizo confundirlo con mi marido. Ahora no recuerdo lo que dije al hombre y al inspector. Sé que al hombre lo dejaron en libertad y lo acompañaron hasta la puerta. Yo volví a casa. Esa noche llovió mucho. Yo estaba con mamá en el dormitorio y tuve que bajar a buscar hilo para remendar. Al cruzar el hall sonó la campanilla de la calle. No me imaginé quién pudiera ser, pues los pensionistas tenían todos sus llaves. Me dirigí a la puerta y abrí. "El" estaba parado allí. Mi asombro fué tan grande que casi dejo que la puerta se bata en su cara, una cara verdosa, enfermiza.

Habló con mucha calma, como en la comisaría.

—Me dijeron que usted vivía aquí, Mrs. Gawlor y que tomaba pensionistas.

—Así es— contesté.

—¿Quisiera tomarme a mí, Mrs. Gawlor?

—¿A "usted" Mr. Swilly?

El vió mi expresión y creyó que quizá, me estaría preguntando con qué me iría a pagar, pues me dijo, agriamente:

—Ya sé lo que la preocupa. Tiene razón. No hay más que diez centavos en mi bolsillo. Pero estoy buscando trabajo y si usted me permite alojarme aquí hasta que lo encuentre, se lo pagaré con creces.

Cuando dijo esto, me lo imaginé, con su pierna inutilizada, vagando durante muchos días, golpeando de puerta en puerta.

—¿Trabajo? —le pregunté—. ¿No se ha enterado usted de la cantidad enorme de gente que ... aquí en Dublín?

—Entonces usted no quiere ad... —dijo.

Su voz ya había perdido toda ... el saco contra el cuerpo para defenderse algo más de la lluvia.

—¿... qué ha acudido a mí? —le pregunté.

—Me pareció usted tan buena cuando la vi hoy en la comisaría, Mrs. Gawlor. Hacía mucho tiempo que no veía un rostro amable. En seguida pensé: "ésta es una buena mujer".

—¿De verdad? Y bien, Mr. Swilly; sin embargo, creo que la bondad ha muerto ya en mí.

El hombre se volvió y comenzó a descender, vacilante, los escalones.

—¿Adónde va usted ahora —le pregunté.

—No tengo adónde ir.

... esa lluvia me hacía tiritar horriblemente y yo veía que por el saco del hombre corrían pequeños ríos de agua. Debía estar calado hasta los huesos y era un hombre enfermo. Sentí que no podía dejarlo marchar así. Cuando llegó al pie de la escalera, se detuvo y me miró. Yo, entonces, le hice una señal, pues no quería que me oyeran gritar los que pasaban. Comprendió y volvió a subir los escalones, haciendo un ruido acompasado con el bastón que le servía de apoyo. Abrí la puerta y lo hice entrar.

Allí comenzó todo, Padre. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podré confesarle lo demás? Se mostró agradecido de que lo hubiera dejado entrar, aunque no dijo mucho. Destiné para él el cuarto que da a la calle. Al día siguiente, saldría apoyado en su bastón y volvería al obscurecer. ¡Cuántos días tendría que hacer lo mismo! Encontrar trabajo. . . ¿Dónde?

Comió muy poco y me preguntó, dolorosamente, que sería lo que podría conseguir para comer cuando estuviera afuera. Entonces le preparé un paquete de comida para que se llevara al otro día. A la mañana siguiente le serví el desayuno en la cocina, antes de que se fuera. Luego le puse el paquete en las manos. Cualquiera hubiera creído que le ofrecía una suma de dinero.

—Mrs. Gawlor —dijo— no puedo aceptar esto.

—¡Vamos! ¿Quiere que le deje sufrir hambre mientras deambula por las calles, muerto de frío?

—Después de todo, lo que le debo . .

—Buen hombre —dije algo divertida (se había hecho demasiado ruido por unas pocas tajadas de pan)— si usted muere de consunción, yo nunca sabré cuánto es lo que me debe.

—Bueno, si usted lo toma así... —contestó.

Parecía que me iba a dar las gracias, pero no consiguió pronunciar una palabra.

—Usted es muy buena conmigo —dijo, al fin de un murmullo. El corazón siempre me daba un vuelco cuando él hablaba. Parecía la voz de otro, aunque la tos la había vuelto baja y áspera.

Ya era hora de que se fuera pero permaneció sentado, mirándome mientras yo encendía el fuego.

¿Usted ha nacido y se ha criado en Dublín, Mrs. Gawlor? —me dijo.

—No. Nunca me alejé veinte millas de Listowel, hasta que vine aquí hace catorce años.

El no me preguntó por qué dejé Listowel.

—Usted ha viajado mucho, Mr. Swilly, ¿no? — pregunté.

—Sí, he estado en América, en la Argentina y en Sud Africa.

—¿Nunca estuvo en Australia, Mr. Swilly?

—¡Ah, sí! He estado en Australia. Allí es adonde fué su marido —me dijo—. ¿No?

—Sí. ¿No se encontró nunca con él? Alastair Gawlor.

Sonrió un poco al decir: "Australia no es como Irlanda, Mrs. Gawlor. Hay partes en Australia donde un hombre puede morir —sí— y gritar y volverse loco, sin otra compasión que la de sí mismo".

—Debe ser un país extraño. Quizá Alastair tendrá una gran casa allí —dije—. Y suficiente dinero como para comprar todo Listowel.

—¿Por qué cree usted que habrá tenido tanta suerte?

—¡Oh!, él será así, Mr. Swilly. No podía concebir que las cosas que él se proponía resultaran mal. A cada momento hablaba de cómo haría su fortuna en Australia, de modo que, usted ve, tenía que enriquecerse forzosamente.

—¡Ah, es claro!— dijo Mr. Swilly. Bueno tengo que irme.

Mi madre entró en la cocina cuando él acababa de irse.

—¿Quién es el que se fué recién? — preguntó.

—Mr. Swilly, mamá.

—No, no. El otro.

—No había ningún otro, mamá. —contesté.

—Me parecía haber oído cierta voz.

Ella estuvo muy agitada y molesta esos días. No hacía otra cosa que vagar por las habitaciones de arriba y de abajo, teniéndome siempre sobresaltada, por el temor de que cayera por las escaleras. Parecía que trataba de buscar algo que hubiera perdido. Pero fué inútil que yo la interrogara al respecto. Es por ella que las dos comemos siempre en mi dormitorio, en lugar de hacerlo abajo, con los demás. La gente de aquí, no tiene la consideración que los de Listowel mostraban hacia las personas como mamá. ¡Pero míster Swilly fué siempre tan bueno con ello! Una noche le pregunté si le gustaría cenar con nosotras y se mostró tan complacido que me causó pena. ¡Alegrarse por una bagatela así! Ese hombre fué lo más lastimoso que he visto en mi vida.

La joven escritora irlandesa, Miss Myrha Johnson refiere aquí la historia de una mujer abandonada, de un hombre misterioso y humilde y de una noche cuya culpa mortal e cuya secreta inocencia no es revelable en este mundo.

Mi madre charló mucho esa noche y cada vez que Mr. Swilly hablaba, mamá me preguntaba quién era.

—¿Para qué te has puesto tu vestido negro, Nady? —preguntó—. Oigo el crujido de la seda.

Fuí lo suficientemente tonta como para enrojecer e inclinar la cabeza sobre mi labor.

—Es un lindo vestido y le queda a usted muy bien — me dijo Mr. Swilly.

Hacía mucho tiempo, padre, que nadie (hombre o mujer), me decía cosas como esas. No contesté y él creyó que yo lo había considerado indiscreto, pues me miró con la impresión de un perro asustado. Eran ojos de perro los suyos, aunque azules. Yo no me hubiera cansado de mirarlos. No era tan viejo, por otra parte, como me pareció la primera vez. Al darnos las buenas noches, me estrechó la mano.

—Le quedo muy agradecido, Mrs. Gawlor — me dijo.

—¿Quién es, Nady —me preguntó mamá, cuando él se fué—. "Siento" que es un buen hombre.

No pude contestarle. Padre, cuando me estrechó la mano, me estremecí. Ya había sentido algo así antes, aunque no tan fuerte. Y me sentí tan atemorizada que deseé que mamá no se hubiera ido. Padre, quizá usted reirá de lo que le cuento. Quizá no creerá que una mujer pueda vivir día tras día, bajo el mismo techo, con un hombre, sin saber si él "es" o no "es" su propio marido. ¡Gran Dios! Seis semanas atrás, yo misma me hubiera reído de esto. No sabría decirle qué fué lo que me hizo pensar que, tal vez, me había equivocado la segunda vez en la comisaría y no la primera. Ese pensamiento se pronunció muy débil al principio y se fué acentuando después. Temía volverme loca y trataba de alejarlo de mi mente; pero no lo conseguía, y esto me mantenía despierta por las noches. Pero había veces en las que yo sabía que Mr. Swilly no era otro que el que decía ser.

El domingo a la mañana vine a misa. Había otra cosa rara en Mr. Swilly: él nunca iba a misa. Sin embargo, tratándose de un hombre como él, uno casi pensaba que le asistirían, cerca de toda duda, muy buenas razones para proceder así.

—Yo me quedaré con su mamá — me dijo.

—Usted es muy bueno con mamá, Mr. Swilly.

—¿Y por qué no había de serlo? ¡La pobre criatura!

No se pareció a Alastair cuando dijo eso, Padre, nunca tanto como aquel domingo. Yo debiera haberle confesado a usted todo, desde el principio. Pero, ¿cómo? ¡Si no me atrevía a confesármelo a mí misma! Cuando volví a casa, ya habían comenzado a almorzar en el comedor, y mamá ocupaba la cabecera de la mesa. Era su costumbre de los domingos. Hablaba y hablaba, como siempre, solamente que esa vez creí que mis oídos me engañaban.

—No te aflijas por ella, Alastair. ¿Acaso no te quiere? ¿Por qué no? Esos tajos que le hiciste sobre el ojo se cerraron hace mucho tiempo. Atiéndeme, Alastair. ¿No me has tirado al suelo y golpeado, además, cuando venías de lo de Finnegan? ¿No has dejado caer tus puños sobre mí, igual que sobre ella? ¡Dios, todavía tengo la marca que me hiciste con el cucharón de fierro! Sin embargo, nunca pronuncié una palabra en contra tuyo.

Era a Mr. Swilly que ella le hablaba. Todos los comensales estaban tan quietos como lauchas, contemplándola a ella y luego a él y a mí. Hubiera querido dejar que mis lágrimas corrieran libremente. Y hubiera querido, también golpear a mamá, sí, y a Mr. Swilly por haber oído eso.

—Nunca dije una palabra, Alastair. Preferiría que me mataras antes de dejar de rezar por ti, mi muchacho.

—¡Oh mamá! ¿Qué te sucede? Traté de que callara y mientras tanto recibí una mirada de Mr. Swilly, una mirada con la que quiso decirme que había comprendido todo. Lo bendije en mi interior. Luego, cuando todos se fueron, permaneció conmigo y yo quise explicarle.

—No lo tome tan en serio, Mrs. Gawlov — me dijo — ellos saben que la pobre no puede controlar

—Nadie había sabido lo de sus palabras.

—A propósito. ¿Qué idea se le habrá ocurrido a su mamá al tomarme por él. Desde esta mañana me ha estado llamando Alastair.

—No le ha hecho mucho favor con eso, ¿eh? — dije en medio de mis lágrimas y de mi vergüenza. El tenía la cabeza baja, absorto en los dibujos que hacía con su bastón sobre la alfombra.

—Es muy difícil entender a las personas como mamá — dijo. Ella lo quiere aún.

—Si usted lo hubiera conocido, Mr. Swilly no estaría tan sorprendido. Tenía sus momentos. Muchas veces yo lo he perdonado para que me besara otra vez.

—¡Las mujeres son así — dijo Mr. Swilly—. Si hubiera existido una criatura, un bebe pequeñito, las cosas hubieran sido mejores para usted, ¿no?

—¿Un bebe? — Entonces no sé por qué le conté todo acerca de mi nena que nació muerta. Maureen es el nombre que tenía para ella, no Swilly. ¿No le parece muy lindo?

El no contestó.

—Alastair vino una noche, borracho, de la taberna de Finnegan, justamente una semana antes de que naciera la nena. Quizá usted comprenda lo que significó eso.

El me miró largo rato y luego dijo en un murmullo:

—Reconozco que es algo que una mujer jamás podría perdonar.

—Perdonar... Para mí no existe esa palabra — le dije. — Nunca volveré a ver a Alastair.

—¿Nunca piensa usted en que él pueda volver?

—No lo hará. Si está rico, ¿para qué va a venir? Y si ha fracasado sería capaz de morir antes de que yo o cualquiera de Listowel lo llegara a saber. Era el hombre más orgulloso que conocí.

—Quizá — dijo Mr. Swilly — su propia culpa no le permitirá arrastrarse hasta usted y pedirle ... —La terrible tos le impidió concluir la frase. Corrí a buscar agua y antes de pensarlo, me encontré arrodillada, rodeando su cuerpo con mis brazos. La tos cesó y el apoyó la cabeza sobre mi hombro. Yo me paré, retirando mis brazos.

—Usted está muy enfermo, Mr. Swilly — dije, temblando.

—Sí — contestó. Soy un moribundo. Un doctor de Johannesburgo me dijo que no alcanzaría a ver la primavera.

—¡Usted no. . . Usted no morirá! — grité.

El se levantó y trató de tomarme en sus brazos, pero yo me escapé, corriendo, hasta mi cuarto y me tiré sobre la cama, llorando como una chiquilla. En verdad, padre, es una cosa muy extraña el sentirse una chiquilla cuando ya se está por cumplir treinta y ocho años. Pero así es como me sentía yo. O quizá yo nunca fuí una vieja como creía. ¿No es extraño que al correr de los años, llegue un minuto en el que uno piense en todo lo joven que fué una vez? Y a lo mejor llega otro momento en el que uno no vé que no es tan viejo todavía.

Mr. Swilly me había dicho que mi cabello tenía un lindo color.

—Usted tiene la cara de una monja, Mrs. Gawlor — dijo. — Sin embargo hay en ella algunas líneas que no se forman en un convento.

Conozco muy bien las arrugas que cruzan mi frente y las que están debajo de mis ojos y le expliqué que no tenía tiempo de cuidar mi cutis con polvos y otras cosas por el estilo.

—¿Y para qué? — me dijo. — Gracias a Dios he llegado a una edad en la que no me interesan los atractivos del rostro, sino lo que él expresa.

—No crea, Padre, que no comprendería perfectamente que, si este hombre no era Alastair, yo estaba procediendo mal. Ud. sabe, Padre, todo lo que le he meditado siempre acerca del bien y del mal. Usted conoce las oraciones que he rezado. Pero entonces no pude ni rezar ni rogar. No sabía qué pedirle a Dios. Me resulta difícil expresarme acerca de Swilly. No era su aspecto lo que me atraía: él no era más que un pobre ser golpeado: pero si alguna vez un alma fué humilde y gentil, esa fué la suya. ¡Qué parecido a Alastair era, pero, qué distinto! Yo viví solamente treinta y dos meses con Alastair; pero sé que él nunca hubiera podido cambiar así. Y, sin embargo, hubo veces en las que hubiera jurado...

¡Oh, no me pregunte por qué no le hablé francamente a Mr. Swilly. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Con qué palabras? Además, yo me decía que si él hubiera sido Alastair, no tenía por qué ocultármelo.

¡Hace tres noches, llegó a casa, después de una de sus penosas peregrinaciones. Traía un ramo de brezos que había comprado para mí. No pudo explicarme de dónde habría sacado el dinero, a no ser que lo hubiera mendigado... No pude soportar ese pensamiento.

—Usted no debiera haber hecho eso por mí — dije.

—Es mucho más que éso lo que quisiera darle, Mrs. Gawlor. ¿Nunca fué por el campo a recoger brezos?

—Oh, sí, Mr. Swilly! Había un pequeño cerro detrás del cortijo, que estaba todo cubierto de brezos. Recuerdo una vez que encontramos un nido de gnacos allí.

—¡¡Ah, sí?! — dijo..

—Padre, Alastair hubiera dicho algo más. Encontramos ese nido cuando me cortejaba. No lo fastidiaré a usted con el relato. Pero Alastair no podría haberlo olvidado, se lo aseguro. Sé que hubiera dicho algo. Mr. Swilly cenó con mamá y conmigo. Había una botella de licor para mamá. Esa era la única bebida que había en casa, pues yo no quería que los pensionistas bebieran. Pero él parecía tan enfermo, que le pedí que bebiera un poco.

—Bueno — dijo. — Un solo vasito entonces.

¡Oh, Padre! Si Alastair hubiera conseguido dejar la bebida, no hubiera vuelto a mirar a una botella en su vida. O todo o nada. Así era él. Hice que mamá se acostara temprano. Pasamos mucho tiempo él y yo sentados, sin hablar, al lado del fuego.

POR
MYRTLE JOHNSON
ILUSTRACION DE
Parpagnoli

—Mrs. Gawlor — me dijo al fin.

—¿Qué?

—Mañana me iré de aquí, Mrs. Gawlor.

Creí que se había vuelto loco.

—Soy una carga para usted — dijo —. Yo ya veo que no podré conseguir trabajo aquí y no quiero pesar sobre usted un día más.

—Dios me perdone — continuó —. Usted nunca verá a su dinero. Soy ya un hombre muerto

¿Qué está diciendo? — grité.— ¿Crée que lo voy a dejar ir? ¿Crée que a mí me importa el dinero? Yo lo llevaré al médico. Hay un nuevo doctor en Merrion Street que dicen pueden resucitar a los muertos.

—Me voy — me dijo.— No me quedaré aunque usted me lo pida. Es muy difícil recordar esa noche, pero creo que comencé a llorar. No me importó que me viera.

—Sí, me voy — agregó — y el tiempo también.

Entonces pareció que se ahogaba y de pronto se movió hacia adelante y me rodeó con sus brazos.

—Esta es la primera vez, Mady — dijo

Y era la primera vez que me llamaba así. Yo no saqué sus brazos de mi cintura. ¿Para qué? No pronunciamos una palabra y permanecí muy quieta dejando caer mis lágrimas. Parece ahora que yo hubiera estado esperando lo qué iba a venir.

—Si me quieres — me dijo — harás lo que te voy a pedir.

Padre, yo sabía lo que era. El no tenía necesidad de decirlo. Yo lo estoy contando a usted todo, todo, pero ésto es lo más duro.

Si yo no le hubiera dicho "sí", no tendría que confesar nada ahora. A veces creo que no podré librarme de la sensación de sus brazos alrededor de mí. Esto es lo que dijo:

—Tomémos esta noche para nosotros.

¿Cómo haré para continuar?.. Ya era más de medianoche, cuando me arrojé en sus brazos, en mi propio lecho. Tuvo un terrible ataque de tos. Me asustó.

—¿Te sientes mal, esta noche? — le pregunté.

Lo acaricié. Y luego, cuando yo ya lo creía dormido, me preguntó, de pronto.

—¿Eres religiosa, Mady?

No comprendí lo que quiso decir. Me pareció una pregunta muy rara. Al poco rato se durmió y yo no tardé mucho en seguirle. Lo primero que vi cuando abrí los ojos, fué la luz del día, que se colaba por los postigos. Me levanté y corrí los postigos, aunque con miedo de que me vieran en la ventana. Pasó un carrito de lechero. Yo estaba segura de que todo iba a parecer diferente desde ayer, pero todo apareció igual. Solamente yo no volvería a ser la misma, padre, pero no puedo explicar lo que sentí mientras estuve parada frente a la ventana. Recuerdo que era una mañana terriblemente helada. No lo había mirado a él todavía; solamente cuando sentí el frío, me volví y vi que estaba acostado con los ojos enteramente abiertos. Había algo raro en su aspecto: tal vez la luz le prestara ese color a su rostro. Pero no me importaba. Para el sentimiento que él había dejado en mí, yo podría haber sido convertida en un pedazo de madera. Sentí que me miraba, pero no me moví.

Después de un rato habló y su voz apenas se oía.

—¿Me perdonas? — murmuró.

No contesté. Solamente emití una especie de sollozo. El cerró los ojos otra vez y entonces, de repente, se incorporó y quiso decir algo. Era horrible mirarlo. No pudo articular un sonido. Yo corrí hacia él y lo sostuve.

—¿Qué te pasa? — le pregunté. ¿No puedes hablar?

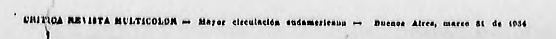
El movió los labios, pero no se oyó una palabra. Puse mi oído contra su boca y lo levanté todavía un poco más. Creí que me volvía loca.

—¡Dijo! Dijo, por amor de Dios! — grité. Por su frente caían gruesas gotas de sudor. Hacía muchísimos esfuerzos por hablar: comenzó a sofocarse y ¡Dios me perdone! lo sacudí por los brazos.

Estuve cinco minutos inclinada sobre él antes de notar que había muerto. Me incorporé entonces. Tenía el cabello empapado, ya también.

¡Me pareció tan distinto ahora que estaba muerto! Era un extraño el que yacía en mi cama. Pero, Padre, su rostro está fijo en mi mente.

Nunca sabré lo que quiso decir. Nunca sabré quién era él. Ah, Padre, ayúdeme! Pero... ¡qué ayuda me puede dar usted?! ¡Qué consuelo me puede dar Dios? No deseo que me ayuden. Solamente quiero saber. . .



Cuenta un Cazador de Osos:

POR
W. N. Kazeef
Ilustración de
Pascual Güida

PARA experimentar fuertes emociones, los ricos cazadores van al Africa, o a las Indias a cazar leones, tigres o paquidermos. Pero, a decir verdad, la mayoría de estas cacerías, comprendida la del tigre, degeneran frecuentemente en matanzas de animales puestos en estado de flagrante inferioridad. En efecto, el hecho de matar un tigre, si el cazador se embosca sobre un árbol o monta en un elefante, no representa una gran hazaña.

Sin embargo, en Europa, donde todas las grandes bestias han desaparecido desde la antigüedad, queda aún el oso pardo, cuya caza hace experimentar emociones superiores a la de las fieras de los países cálidos.

No obstante su pesadez y su aparente inhabilidad, el oso es extremadamente diestro. Su marcha habitual es lánguida, pero corre con una rapidez sorprendente, nada a la perfección, se mantiene bastante bien sobre sus patas posteriores y trepa a los árboles como un gato. Sus dientes son formidables, pero son sobre todo sus patas delanteras, que usa como brazos, las que constituyen la más temible amenaza para un cazador poco hábil o de mala suerte. Estas patas, armadas de garras enormes y accionadas por músculos extraordinariamente potentes, son palancas a las que ningún ser viviente puede resistir. Un buen golpe de un oso de más de 200 kilos sobre el cráneo de un hombre, basta para reducírselo a una papilla; un esfuerzo más sostenido del oso le abriría el cuerpo en dos.

Apresurémonos, sin embargo, a rebatir todas las calumnias que se han difundido acerca de su carácter. A pesar de su fuerza temible, el oso es un animal pacífico y dulce. No sólo no busca molestar al hombre, sino que, aun encontrado ocasionalmente en el bosque, no ataca jamás sin provocación. Sin embargo su caza es muy peligrosa, porque, siendo naturalmente intrépido y estando seguro de su fuerza, sabe no solamente defenderse bien, sino vengarse, y, cuando se le acosa de cerca, está siempre más inclinado a cargar que el tigre. La hembra que tiene cachorros ataca siempre al cazador.

Además, en razón de la inteligencia del oso y de la naturaleza de los lugares donde se desarrolla habitualmente la caza, el hombre y su adversario se encuentran desorientados. El primero tiene entre las manos un fusil de largo alcance, pero no puede ver y tirar a una distancia de más de 3 a 5 metros. Si la profundidad de la nieve molesta la marcha del oso más que a la del cazador, éste, en cambio, tiene en su contra la densidad del bosque y los árboles caídos que impedirán también su marcha. Agregad el frío que entumece las manos y hace lagrimear los ojos, el peso de los vestidos, que paraliza o torna lentos los movimientos, y os daréis cuenta que el tiro al oso no es de ninguna manera un sport reposado.

De todos los sentidos, el olfato y el oído son los más desarrollados en este plantígrado; intercepta de muy lejos cualquier ruido insólito. Experiencias hechas por los naturalistas, prueban que un oso percibe a cerca de cien metros el ruido de una minúscula rama rota, cuyo diámetro iguala apenas al de un lápiz común. Se comprende, por tanto, que no hay más probabilidades de acercarse a un oso que de ganar el premio grande en la lotería. Por esta razón no se caza al oso más que en el invierno, cuando no se mueven de sus madrigueras.

En efecto, todos los osos se retiran a sus madrigueras en la época de la primer nevada, es decir, de octubre a noviembre, según la región o la precocidad del invierno. Osos jóvenes, poco experimentados, buscan su refugio después de una nevada y al dejar las huellas de su paso pagan generalmente su imprudencia con la vida. Pero los osos grandes, sobre todo los más viejos, se instalan antes de que la nevada haya caído y no dejan huellas, lo que prueba una vez más la perspicacia de este animal. Si el oso no es molestado por un hombre, se quedará en su sitio hasta el deshielo de la primavera. El oso es, por otra parte, a pesar de su voracidad increíble, el único mamífero que pasa todo el invierno sin tomar ningún alimento, ni bebida y sin caer al mismo tiempo en un estado de sueño letárgico, como la marmota o el erizo, por ejemplo. Acostado en redondo, se da vuelta de un costado y de otro de vez en cuando y duerme más que durante otras estaciones, pero jamás sin despertarse, aunque sea cada veinticuatro horas, y conserva el uso integral de todos sus sentidos.

Las madrigueras son ordinariamente de tres clases. Tal oso se instalará bajo un árbol caído al suelo por una tempestad, entre el tronco y el grupo de raíces. Algún otro se cavará en el suelo una cueva. Y en fin, un tercero se acostará bajo algún pino o abeto joven, cuyas ramas cubiertas de nieve le forman una especie de choza.



Son cazadores profesionales los que se ponen en busca de esas madrigueras para vender en seguida a los aficionados su descubrimiento, y lo hacen pagar un precio superior en mucho al que se cobra en el mercado por una piel de oso.

En seguida que la primer nieve comienza a caer, y sin esperar una nueva caída que recubriría el suelo, nuestro hombre se pone a buscar madrigueras. Es un gran error el pensar que sea fácil seguir las grandes huellas de un oso impresas en la nieve. Este animal, extremadamente astuto, confunde sus huellas: vuelve sobre sus pasos, hace rodeos, nudos, gira sobre sí mismo, hace zig-zags y despista fácilmente a un cazador novicio.

Salvo cuando la madriguera se encuentra en una mata o también en el medio de pequeñas coníferas cubiertas de nieve, caso muy frecuente, la caza es entonces relativamente fácil. El cazador profesional que ha vendido su madriguera, lleva a su cliente sobre el lugar, y debe colocarlo de manera que éste vea bien el orificio del refugio. Algunos gritos o silbidos y asimismo el ruido de las ramas rotas, hacen salir a un oso viejo.

La batida dura más tiempo. Es más emocionante, sobre todo en el momento en que se siente el primer grito de los batidores, que anuncia la aproximación del animal. A veces el cazador puede percibir el oso a una distancia de cincuenta metros, gracias a este grito, y admirarlo mientras marcha pesadamente en el paisaje féerico del bosque espolvoreado de nieve. Pero la caza más apasionante es la persecución de un oso herido o no. Sin embargo, para practicar esta caza y conseguir atrapar un oso en fuga es necesario, por lo pronto poseer buenos perros y en seguida ser un buen patinador con "skys". Sin buenos perros de la raza llamada "laika" (de esos que en el Norte se atan a los trineos) aun los mejores patinadores deben renunciar a aventajar en velocidad a un oso. Por el contrario, si el cazador tiene perros agresivos y no sabe utilizar perfectamente sus skys, corre el albur de que todos sus perros sean muertos o estropeados por el oso.

No hablemos de la caza sea con un cuchillo, sea con una lanza. Esos cuentos me hacen el efecto de alabanzas de los Tartarines internacionales, que no han visto jamás un oso en libertad y que todavía creen que ataca avanzando, pero lentamente, levantado sobre sus patas posteriores. Cuando un oso ataca verdaderamente, lo hace siempre en cuatro patas y tiene una rapidez tal, que la palabra inhábil o lento, que se aplica habitualmente a los osos, no tiene ya ningún sentido. Por otra parte un oso no herido, pasará por la derecha o la izquierda, o bien dará la espalda a un cazador tan intrépido, sin manifestar el menor deseo de hacerse empalar sobre una lanza. En cuanto a los osos heridos, diré solamente que en el curso de mis numerosas cacerías, tres veces los paisanos ensayaron emplear las lanzas. Las tres veces se vieron desarmados por el animal, antes de que la punta de la lanza hubiera tocado su cuerpo. Mi llegada precipitada, los sacó, en cada una de estas ocasiones, de una terrible situación. Agreguemos asimismo que ninguno de estos animales pesaba más de cien kilos y uno de ellos, un oso joven, pesaba apenas cincuenta. Los ejercicios de esgrima con una lanza o un cuchillo, son buenos para mostrar a los profanos en un rincón junto al fuego, después de una buena comida, pero no valen gran cosa en una cacería, en la nieve profunda y enfrente de un oso saltando sobre cuatro patas. Dejemos entonces, estas hazañas de los émulos del barón de Crac y contentémosnos, por nuestra parte, del hecho de que frecuentemente, en medio de un claro cerrado, entre árboles desarraigados y también entre coníferas recubiertas de nieve, el cazador no puede tirar más que a una distancia de dos metros, como máximo. Sentado sobre el talón del pie derecho, la pierna izquierda plegada hacia adelante, la mano apoyada sobre la rodilla y teniendo el fusil, poderlo hacer es ya mucho. A pesar de toda la prudencia imaginable y una gran experiencia de cazador, las sorpresas más inesperadas, son siempre posibles. Uno no puede jamás predecir el final de una caza al oso y es eso lo que constituye su principal atracción.

Durante una de mis cacerías, un oso se guareció en una madriguera, sin que ningún tiro de fusil fuera tirado. Al día siguiente pude volverlo a ubicar en un macizo de bosque y quise aproximármele solo, a fin de hacer menos ruido.

Seguía atenta y prudentemente sus huellas desde hacía cerca de dos horas, cuando ellas me llevaron a una mata muy densa de jóvenes abetos, casi enteramente cubierta de nieve espesa. Como sus huellas indicaban un animal de gran talla, no creí que tuviera la imprudencia de instalarse en esa mata, sino que esperaba encontrarlo más bien bajo algún árbol resinoso solitario, en cualquier sitio donde él podría verme venir de bastante lejos. Es por eso que en lugar de dar un rodeo, yo me metí en esa espesura.

Alguien que no se haya arriesgado jamás, no puede imaginar el suplicio que representa esta empresa. Debí arrastrarme, andar de pronto curvado en dos, o caminar de espaldas. Las ramas que yo libraba del peso de la nieve se volvían a su antiguo lugar, castigándome al pasar, el rostro; otras me echaban su nieve sobre la nuca, de donde fundiéndose, fluía por mi espalda, empapándomela. Ayudándome con la mano izquierda para abrirme un pasaje, tenía con la mano derecha mi fusil cargado, pero no podía utilizarlo. El tiempo me parecía ya largo y comencé a desesperarme, cuando, entre las ramas, apercibí un pequeño claro. Aun algunos penosos esfuerzos y yo hubiera podido penetrar... Pero antes de haber tenido tiempo de levantarme completamente, me encontré frente al oso.

En un espacio libre de apenas dos metros de diámetro, éste se mantenía en sus cuatro patas, con la cabeza al alcance de mi mano. Era de gran tamaño y casi negro. Los ojos fijos sobre los míos, sacudía los copos de nieve que le cubrían a trozos.

Fuí yo el que quiso tomar la ofensiva. Echando una ojeada discreta sobre mi fusil, noté que sus caños estaban recubiertos de nieve en toda su longitud. Prestamente pasé sobre ellos mi mano izquierda. Pero, apercibiéndose de mi pérfido gesto, el oso, como proyectado por un resorte, se levantó sobre sus patas traseras y dió un breve rugido.

Levanté al fin el gatillo. Pero, en cuanto sintió el ruido, el oso dió una brusca media vuelta, volvió a caer sobre sus cuatro patas y, antes de que yo hubiera tenido tiempo de echarme el fusil al hombro, desapareció entre una avalancha de nieve, que caía a montones de los abetos con que chocaba en su fuga.

Una decena de días después, localizado por una batida, recibió una bala de mi fusil cerca de la oreja izquierda. Su peso era de unos 250 kilos. Felizmente para mí, el día en que yo lo encontré en el bosque no estaba herido y guardaba su espíritu pacífico, que sino no hubiera salido vivo de la espesura.

Otra vez, una pequeña negligencia casi me costó la vida y un simple azar independiente de mi voluntad, me la salvó.

Después de largas peripecias, en que la ciencia de mi rastreador y la astucia del animal mantuvieron un duelo, un gran oso devastador que tenía en su cuenta una decena de vacas y dos caballos devorados, fué localizado en una gran cintura forestal.

Como uno de mis amigos me había solicitado una invitación, yo le había puesto un telegrama citándolo en la estación, de la que partiríamos rumbo al bosque en trineo. Aceptó, felizmente — ya se verá porqué — ya que ignorando si él poseía un fusil y sabiendo que tendríamos que enfrentar un oso terrible, decidí llevar, junto con mi fusil de calibre 10.75, a pólvora sin humo, uno viejo, a pólvora negra, de calibre 500.

A mi llegada a la estación el jefe me dió un despacho de mi amigo, en que me decía que estaba imposibilitado de venir. Inicié, pues, solo, la caza.

Levantado al primer ruido de la batida, el oso llegó al galope a costado izquierdo de mi campo de tiro; galopaba cómodamente sobre la nieve poco profunda. Giraba la cabeza continuamente, a derecha e izquierda. Lo esperé tranquilamente, pero de golpe tomó más a la izquierda, y antes de que yo pudiera echarme la escopeta al hombro, pasó por atrás de un árbol frondoso que le cubría casi completamente. Le veía apenas la oreja izquierda, pero temiendo que se escapara entre un montón de árboles ... le tiré al azar, a fin de ... cambiar de dirección. Es lo que hizo en seguida, alejándose en el ángulo derecho, descubriéndome la espalda y la punta de su cabeza, que mantenía levantada.

Como de costumbre, yo había vuelto a cargar mi fusil y le envié una bala a la oreja derecha, tiro muy difícil a causa de la mala visibilidad en la bruma opaca también, porque el oso giraba la cabeza hacia todos lados. El oso vaciló un momento pero en seguida se dió vuelta y galopó derechamente hacia mí.

Mientras el oso saltaba sobre el árbol caído, yo había cargado de nuevo mi fusil. Entre ese árbol y yo se encontraba una pequeña espesura de nogales, de menos de un metro de altura. El oso llegó a la mitad de esa espesura. Se encarniza con rabia sobre un nogal. Sus movimientos son demasiado bruscos para permitirme tirar sobre seguro.

A pesar de todo, aprovechando un momento que me parece favorable, tiro apuntando a su ojo izquierdo. El oso cae hacia adelante.

Sin dejar de mirarlo, cargo una vez más mi fusil. Introduzco el cartucho, pero no muy adentro. Siento el fusil obstruido. En el mismo instante el oso se levanta y salta sobre mí. Trato de hacer entrar el cartucho: imposible...

El oso no está más que a cuatro metros. La mitad de su cabeza está ensangrentada y en ella sus ojos brillan como carbunclos. Por entre sus fauces abiertas veo sus dientes... Mi fusil permanece abierto y obstruido. Tengo el tiempo justo de dejar caer sobre la nieve mi fusil bloqueado, tomar el viejo, plantado sobre la culata a mi derecha, en la nieve, y tirar sobre la cabeza de mi adversario.

Cuando el humo se disipa, veo al oso caído a dos pasos del lugar que ocupo. Por una extraña coincidencia aquél era mi oso número cuarenta y, según una creencia popular, el oso cuarenta es fatal. Según la leyenda que desde hace siglos se ... en Rusia, ningún cazador ... pa a sus garras.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



MOMIA VIVIENTE.









FINAL ELEGÍACO.









Un Caballero Chino y sus Mujeres

POR **Alberto Gervais**

Ilustración de Zorazábal

Las leyes muy viejas y muy sabias que han dirigido, desde tiempos inmemoriales, la larga historia del Imperio, representan aún hoy el soporte más estable de una sociedad en decadencia. Código meticuloso y pueril, fija de una manera cómoda la decoración exterior de la vida, sin aparejar consigo las restricciones morales de las religiones de Occidente y no se preocupa, en modo alguno, de las manifestaciones de una sensualidad violenta, practicada en el curso de los siglos pasados, con la misma impudencia y el mismo cinismo.

Yu-Tchin-Pan, el importante vendedor de sedas del Lankai, era, como la mayoría de los chinos de su medio, profundamente apegado a las viejas costumbres. Por nada en el mundo hubiera dejado de quemar incienso en el altar de sus antepasados, en las épocas fijadas para estos ritos y de dar las limosnas prescriptas a las diferentes asociaciones religiosas, budistas y taoistas. Vigilaba personalmente el que las ceremonias familiares se desarrollaran conforme a los usos.

Desde su lejano retiro, sus antepasados, aparentemente satisfechos por esta atención respetuosa, podían reconocer la larga sucesión de los gestos que ellos mismos habían practicado bajo las dinastías de emperadores vueltos al polvo hacia ya mucho tiempo. Los chinos de las clases acomodadas tienen demasiada inteligencia y sentido práctico para criticar estos principios originados en una antigua sabiduría, que favorece en sus placeres y toleran ciertos vicios con los cuales no temen adornar sus existencias de hombres favorecidos por la fortuna.

Yu-Tchin-Pan usaba con moderación el tabaco y el opio, bebía vino amarillo y cerveza japonesa, frecuentaba los buenos restaurantes de la ciudad y los teatros, vendía su seda lo más caro posible, amaba a su mujer, a sus concubinas, a su hogar y a sus hijos. Pasaba la mayor parte del día en su tienda y hacía sus cuentas jugando diestramente con las bolillas de su tabla de calcular. Su deplorable higiene, su inclinación acentuada por el vino de arroz, las carnes delicadas y los platos muy condimentados, le provocaban malestares que exigían mi intervención, cuando yo estaba en China enseñando medicina, con bastante frecuencia.

Ciertos desfallecimientos humillantes para su amor propio, habían sido igualmente objeto de consultas y nuestras relaciones, con ese motivo, se habían tornado amistosas.

No era fácil hacer comprender a Yu la utilidad de un paseo o de un ejercicio físico cualquiera. Gran ingurgitador de medicamentos, como la mayor parte de sus conciudadanos, reclamaba de nosotros un sello o una poción, pero no admitía de buen grado que estos medicamentos fueran absorbidos después de dos horas de caminar en dirección del sol levante o que fueran incompatibles con una cierta clase de alimentos. Enseñado por los primeros contactos con enfermos indígenas, les prescribía una terapéutica delicada, llena de aparentes complicaciones, haciéndoles así respetar reglas higiénicas muy simples.

Ya había alcanzado los cincuenta, tenía una mirada atravesada de juez de instrucción y largas manos finas guarnecidas de uñas impresionantes. Poseía conjuntamente con una inteligencia viva, un carácter alegre y amable, y se alababa de haber reunido la más bella colección de estampas obscenas.

Se complacía en interrogarme acerca de los usos occidentales y criticaba con malicia las taras de una civilización a la que reconocía en otros aspectos serias ventajas. La existencia de las mujeres europeas era para él un perpetuo objeto de asombro. Era demasiado un "viejo chino" para apreciar las costumbres parecidas y, con mucha fineza, oponía a nuestras concepciones occidentales las de su raza, más razonables y sobre todo más aptas para procurar al hombre la felicidad.

El europeo, según su humilde juicio, había cometido el peor error al abandonar benevolentemente las prerrogativas de su sexo, para dar a la mujer, criatura inestable y poco razonadora, un rol y una autoridad incompatibles con su misma naturaleza.

Como la mayor parte de los orientales, Yu amaba a las mujeres, pero no las estimaba nada. Me describía las cualidades deseables en una mujer de hogar y aquéllas que convenía exigir en otras, hechas exclusivamente para el placer, porque, como es natural, había conservado la antigua concepción del gineceo y la hetaira. La doble naturaleza femenina, la madre y la mujer, no podían encontrarse en una sola persona.

—Una esposa perfecta —decía— fuera de las cualidades físicas indispensables, debe conocer el lenguaje del amor y hablarlo fácilmente; tierna y sumisa, debe tener por ideal el ocuparse de su marido, satisfacerlo en todo y tornarle la vida tan agradable como pueda. Debe tener bastante tacto y delicadeza como para servirlo sin bajeza y subordinarse a él en toda ocasión. Tener el sentido de la armonía y poder estar alegre o triste, juguetona o seria, pensar en los asuntos serios o en los placeres, ser en ocasiones un sostén moral o una mujer experta y adivinar, en fin, por signos imperceptibles, la actitud a adoptar para agradarlo.

Alguien, impresionado por esta descripción, insistió en saber si todas las mujeres del Celeste Imperio tenían esas cualidades.

Yu reconoció de buen grado que semejantes cualidades se encontraban rara vez unidas en una sola mujer, pero no había que desesperarse, sino tratar de aprovechar las virtudes de que era poseedora la mujer propia, elegida por los padres.

Los sabios y los filósofos habían reconocido hacía mucho tiempo esto, y su opinión era que el hombre sensato debe esforzarse paar descubrir en otras mujeres, las cualidades que faltan a la primera. Así era relativamente cómodo el reconstruir, con la ayuda de un cierto número de concubinas, una perfección casi satisfactoria. Su experiencia personal le había mostrado el alto valor de estos principios. Sus venerados padres lo habían casado a los diez y ocho años y él no había tenido por qué lamentar su elección. La señora Yu había cumplido concienzudamente sus deberes de esposa y dueña de casa. Se había esforzado por volverle la vida lo más agradable posible. Pero Yu, después de algunos años de casamiento, se había dado cuenta de que ella no poseía todas las cualidades que uno tiene derecho de exigir en una esposa. Había cometido el error de darle dos hijas. Sus padres se habían inquietado y la larga línea de antepasados que esperaban el nacimiento de un varón, habían manifestado su descontento: dos gallinas habían muerto, sin causa aparente y una de las sirvientas había caído por tierra, lanzando terribles alaridos. Los viejos expertos en el arte de la adivinación, habían reconocido de inmediato la evidencia de esas advertencias celestes.

Yu decidió poner todas las probabilidades de su parte y se decidió a tomar una primera concubina. La señora Yu no aprobó este razonable proyecto y mostró un humor desagradable. Aceptó, sin embargo, de mala gana lo que no podía impedir y enjugándose los ojos enrojecidos por el llanto, preparó un nuevo departamento.

Los principios de esta nueva unión estuvieron lejos de ser fáciles y Yu, profundamente indignado, se vió obligado a pasar varias noches en un sillón, entre el cuarto de su mujer y el de su concubina que, obedeciendo una y otra a caprichos incomprensibles, se habían negado obstinadamente a abrirle sus respectivas puertas. Su mujer le había aconsejado, mientras rechinaba los dientes, que se fuera a juntar con su concubina y ésta le había declarado irónicamente que su deber era ir a consolar a su honorable esposa. El tiempo calmó felizmente esta grave insubordinación y el nacimiento de una tercera hija, nacida de la concubina, que había llenado de consternación a la familia, llenó el corazón ulcerado de la señora Yu de un sentimiento inconfesable de felicidad

Temiendo, por otra parte, a influencia de una mujer joven y bella que acaparaba la mayor parte del tiempo de su marido, la señora Yu había introducido en el hogar, por su propia cuenta, una tercer esposa... Dividir para reinar es un principio válido en todas las latitudes.

Provisto de tres esposas, Yu estimó que había cumplido con exceso sus deberes de jefe de familia, y, a menos que se opusieran circunstancias imprevisibles, estaba bien seguro de tener tarde o temprano un heredero. Sin despreciar en lo más mínimo los goces de la familia, Yu estimaba que la abstinencia sistemática de ciertos placeres era una falta de gusto muy poco elegante. Según su opinión, una virtud aislada era tan peligrosa como una idea fija y podía conducir a actos inconsiderados o intolerantes. Un libertinaje ejercido razonablemente, por el contrario, daba al alma un equilibrio apaciguante, próximo a la felicidad y una más sana comprensión de los hombres y las cosas.

Los talentos particulares de las pequeñas cantantes de la ciudad tártara, atraían algunas veces su atención y él no creía despreciar tampoco el encanto ambiguo de los jóvenes comediantes. Yu se asombró mucho al saber que los europeos afectados por este último vicio trataban de disimularlo, y la mayor parte no tenían el menor interés en conocerlo.

Tolerante, como la mayor parte de sus conciudadanos, hubiera juzgado de tan mal gusto el criticar nuestro punto de vista moral, como suponernos capaces de desaprobar el suyo.

Buen padre y buen esposo, a lo menos con referencia a la escala moral de su país, Yu tuvo la alegría, algunos años más tarde, de que le naciera un hijo varón. Este muchacho fué mimado como un hijo de rey. A los quince años manifestó el deseo de ver mundo y su padre, demasiado débil para oponerse a sus deseos, lo envió a casa de unos parientes en Cantón y a Shanghai.

Después de una larga ausencia, debía regresar a su país natal con una instrucción sólida y conocimientos profundos acerca de las lenguas extranjeras. Yu había cedido de mala gana. No veía con buenos ojos la estadía de su hijo en esas grandes ciudades de la costa, que lo harían tomar contacto con todo un mundo diferente. Imbuído de los prejuicios de su clase, elemento estable de una vieja sociedad, había opuesto siempre a las reformas y al progreso una resistencia desesperada. Si sus ideas íntimas acerca del valor real de los sistemas religiosos o morales de la sociedad china lo conducían a un escepticismo sonriente, el interés que ellas podían tener como un principio de orden y de estabilidad en un mundo en efervescencia, no era discutible. Ellas habían regulado en todo tiempo la marcha del Imperio a través de visicitudes sin nombre y Yu entendía que era necesario mantenerlas, a lo menos en el dominio donde su autoridad de jefe de familia era incontestable. La vida y la muerte se sucedían en un torbellino perpetuo, el hombre no hace más que atravesar la creación, debe entonces esforzarse de gozar en paz de las felicidades que puede alcanzar en una sociedad envejecida por centenares de siglos, que ya ha tenido tiempo de hacer todas las pruebas. La verdadera felicidad no está, por otra parte, en la llegada de un acontecimiento inaudito, formidable, en una conmoción social que permitiría el libre juego de todas las pasiones y todas las violencias, sino en la espera de una continuidad de pequeñas felicidades más o menos fáciles de lograr.

Tales eran las ideas de Yu, que después de haber sido mi paciente, se había convertido en mi gran iniciador en materia de filosofía oriental.



Bibliografía

OVIDIO PRACILIO. "Cartas del frente". Editorial Tor.

No pueden justificar al señor Ovidio Pracilio ni siquiera los diez y ocho apresurados años que contaba cuando se dió a rememorar todas sus lecturas mal aprovechadas de libros de guerra, para escribir el corto volumen titulado "Cartas del Frente".

Discípulo fiel de toda esa grandilocuencia con que se perjudica el noble propósito de combatir la guerra, el señor Pracilio, en insoportables digresiones, muy pobladas de puntos de admiración y suspensivos, nos demuestra el escaso alcance y profundidad de su pensamiento. En la parte narrativa no se alivia tampoco de errores. Carece de fuerza y del más elemental sentido de la verosimilitud artística. Nadie puede creer que al encontrarse dos antiguos compañeros de escuela, en un hospital de sangre, uno de ellos, agonizante, le diga al otro:

"—Todo era brillante para nosotros en ese entonces, cuando ni siquiera preveíamos esto que hoy habría de colocar un crespón luctuoso sobre nuestras ilusiones".

Y ello después de una larga parrafada que comienza con varias líneas decoradas con los consabidos puntos de admiración y suspensivos que no faltan en ninguna de las creaciones de la cursilería afiebrada, exhausta de antemano en el afán de lograr un vuelo lírico que se queda en simple rastreo ortográfico.

Hay, asimismo, cartas de amistad y de amor en el libro de Ovidio Pracilio. Las primeras acusan un falseamiento insoportable del estilo epistolar posible entre amigos. Las segundas exhibiciones de esa declamación aparatosa, sin consistencia, con que, al intentar engrandecerlo se transforma al amor en una pegajosa melosidad, repugnante a los espíritus poco habituados a la lectura del "Secretario de los Amantes" y otras obras del género.

En todo caso el señor Pracilio tuvo un tiempo largo para arrepentirse de su pecado juvenil. Entre la alternativa de dar sus originales al fuego o la imprenta, se decidió por lo último. Cometió un error total e inexcusable.

Aunque quizá haya sido culpablemente estimulado por personas que, como el señor Manuel S. Porteiro ,que firma el prólogo, carecen de los menores conocimientos estéticos y manifiestan un desprecio completo por las normas más elementales de la gramática. — U. P. de M.

Un Desdoblamiento

Monsieur Paul Bourget, el novelista psicólogo todavía leído y admirado por millones de personas, creía en la supervivencia del alma como artículo de fe, pero albergaba serias dudas acerca del espiritismo. En cambio, admite la telepatía, definiéndola como la lectura de causas desconocidas. En suma, acepta la adivinación. Es curioso el relato de un sueño premonitorio en que el ilustre escritor tuvo la revelación de la muerte de su amigo el "croniqueur" Chapron.

"Yo debía ir con Maupassant a visitar el hospital de Lourcine, en donde enseñaba el Dr. Martineau. Por el camino dije a Maupassant: —"Me encuentro aun bajo la impresión de un sueño de una intensidad casi insoportable. He visto en ese sueño a León Chapron agonizando, su muerte, las consecuencias de su muerte; he presenciado la discusión de su reemplazo en los diarios donde escribía y todas las circunstancias de sus exequias con una exactitud tan horrible que al despertar, esa pesadilla me perseguía como una obsesión. Maupassant permanece como sobrecogido durante algunos segundos y al fin me pregunta: —"¿Sabéis cómo sigue? ¿Está entonces enfermo? —pregunte a mi vez". —"Moribundo, me respondió. ¿No lo sabíais?" —"Absolutamente". Y era cierto.

A propósito de Maupassant. Sabido es que el autor de "El Horla", que terminó sus días con un doloroso suicidio, sufría de extrañas visiones, las cuales lo precipitaron a los abismos de la locura. Entre esas alucinaciones se hizo famosa la percepción de su doble, que lo persiguió hasta que las sombras de la demencia obscurecieron aquel admirable cerebro de artista.

Comentando el sueño antes relatado, Maupassant decía a Bourget: "¿Qué sería si vos sufrieséis lo que yo sufro? Una vez sobre dos, cuando yo entro a mis habitaciones, yo veo mi doble. Abro mi puerta y me veo a mí mismo sentado en mi sillón. Sé que es una alucinación; lo sé en el momento propio en que la sufro. ¿No es curioso? Y si no tuviera un poco de buen juicio, experimentaría terror..."

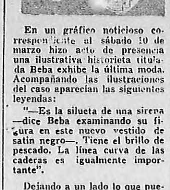
A. P.

Museo de la Confusión









En un gráfico noticioso correspondiente al sábado 10 de marzo hizo acto de presencia una ilustrativa historieta titulada Beba exhibe la última moda. Acompañando las ilustraciones del caso aparecían las siguientes leyendas:

"—Es la silueta de una sirena —dice Beba examinando su figura en este nuevo vestido de satin negro—. Tiene el brillo de pescado. La línea curva de las caderas es igualmente importante".

Dejando a un lado lo que puedan tener de elegantes o sugestivas prendas con fosforescencias de bagre sapo, surubí, patí, langostino o calamar, me parece una irrespetuosidad elogiar las condiciones de una sirena con piropos que hagan alusión al olor a bacalao o al gusto a berberecho de la habitante fluvial, como igualmente molestaría con frases dudosas al estilo de: te tragastes el anzuelo, recorriste el espinel o te cacharon los cachalotes e insistiendo además con insinuaciones agraviantes relacionadas al cottage de la ostra y al camarín del camarón. Comentando otro modelo se expresa:

"Beba quiere tener experiencia de la vida marítima. Nótese los detalles nuevos en los hombros de su vestido de tejido "avestruz" de ese nuevo tono gris azulado llamado anguila o caviar. Pocas chicas esperan la llegada de la fama tan elegantemente vestidas".

Dudo mucho que la experiencia de la vida marítima se pueda lograr a base de rodilleras llenas de escamas, hombreras confeccionadas con agallas o al uso continuo de un pez espada o de una raya eléctrica. A mi parecer la única experiencia marítima que se puede conseguir presentándose en cualquier parte vestido a la usanza fluvial, con tejidos ñandú y charita de llamativos tonos sardina, caviar, bótola o merluza, es la del mareo y el vomitivo a cargo de los contertulios. Sobre que pocas chicas han esperado la llegada de la fama con tan elegante atavío lo creo y hasta afirmo que la mayoría de las señoritas sorprendidas con una vestimenta parecida han preferido aguardar la llegada de la fámula para ser devueltas a la normalidad, desechando las estatuas y el reconocimiento de las generaciones futuras. El ajuar de Beba no termina con esto y nos presenta el siguiente encantador modelito:

"Beba tiene también un nuevo vestido de noche de satin. Es de color verde mar y tiene la curva y la cola como la de un pez. Esas mangas caídas podrían ser muy bien las alas de un diosa del mar".

Prefiero olvidarme del coleóptero verde mar para dedicar mi atención al extraño personaje nombrado en último término. En realidad no veo las ventajas por las cuales la citada diosa del mar ha elegido las alas como medio de propulsión submarina. Con el mismo criterio un gallo bataraz tendría que estar rodeado de escamas, un cóndor de muletas y bastones, un judío errante de vejigas natatorias, un globe trotter de escafandras y un murciélago convenientemente equipado de bota militar y caramañola.

★

La "Novela Semanal" del 12 de marzo nos ofrece un cuento titulado La maja vestida de blanco, escrito por el señor Julio Dantas con su característico e irremediable estillo chantilly. Describiendo a cierta damisela, expresa el amerengado:

...ella, joven, rubia, veintiocho años acaso, un poco masculina, vistiendo un "trotteur" blanco, unos guantes largos de gamuza blancos, un "petit-marquis" blanco, colocado al sesgo en la cabeza, como si la "Mujer de blanco", de John Ople, con sus cabellos de fuego y sus ojos de porcelana, surgiese en la penumbra dorada de la "limousine".

Decididamente, debo confesar que no creo en la masculinidad de ciertos guapos que se pasean de esquina a esquina con largos guantes de gamuza, petit-marquis y ojos de porcelana, surgiendo de una limousine u observando a un mousoline.

★

En la revista antes citada, con fecha 19 de marzo, se nos dan algunos ensayos sobre la elección adecuada del papel y la tinta en nuestra correspondencia.

Veamos:

Conviene elegir un papel de aspecto discreto, pero de calidad extra. Sobrio, su tamaño estará determinado por el de la letra.

Por ejemplo: si tenemos la mala costumbre de escribir la letra p de dos metros de altura, sería inconveniente enviar esquelas o billetes del tamaño de una estampilla, publicar las doce tablas de la ley en una astilla o enviar nuestro pésame en tarjetas cuya extensión no excedan de un centímetro cuadrado. Otro consejo:

Ahora bien: el papel de cartas bien elegido debe estar de acuerdo con la edad de las personas que lo emplean.

Ejemplo: Si la persona es una momia, debe evitar escribir sobre un cascote, un ladrillo o una baldosa y dará sus preferencias al papiro. Si pertenece a la edad de piedra, evitará los carteles luminosos, el papel madera y el sobre timbrado. En el caso que el señor tenga tres meses, lo mejor es prohibirle toda clase de inscripciones y carteles.

★

En "El Suplemento", del 28 de febrero, en un cuento apodado Papá Juan, hallé lo siguiente:

Después, nada más. Anonadado, petrificado, paseó a su alrededor una mirada de orate, mascullando una blasfemia.

Si petrificado es convertido en piedra, dudo que esta estatua se dedique con éxito a los paseos ópticos y a la masticación de interjecciones. A lo sumo puedo permitirle que se cubra de musgo, se despeñe o se transforme en un canto rodado.

De una revista que responde a los mandatos de Constancio C. Vigil, hallé un artículo titulado El espíritu del orden, que, entre otras cosas, decía:

Porque es preciso confesarlo: yo, por mi parte, soy terriblemente desordenado y lo que es peor, sin la menor esperanza de enmienda. La mesa escritorio delante de la cual me instalo para escribir, no es otra cosa que un tumulto de papeles. Y llegado el caso de que imprescindiblemente tenga que encontrar alguno, me hago yo mismo la impresión de un "foxterrier" delante de una cueva de ratones, que se lo pasa escarbando con la esperanza de que, con el tiempo, alguno salga de allí para poder atraparlo. Lo que soy yo, confieso que pocas veces salgo triunfante de la empresa.

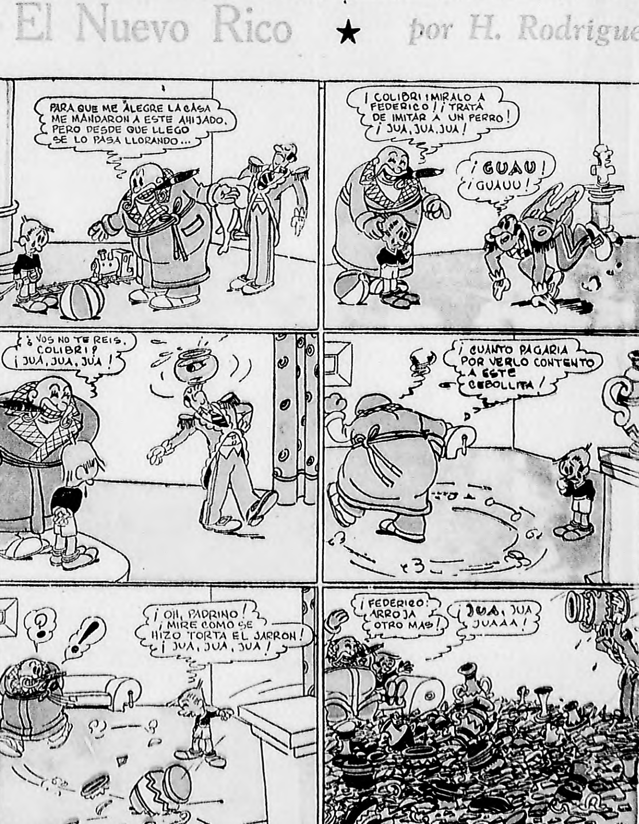
Lo que soy confieso lo mismo. Cada vez que he pretendido escribir y previamente me he transformado en un foxterrier, apenas si logré deletrear uno que otro ladrido y evocar determinadas perreras. Igualmente cuando me he dispuesto a cazar ratones armado de un papel secante, de una pluma fuente o de un tumulto de papel. Inconvenientes del desorden.

POR

Anímula Vágula

Dibujos de Rodríguez

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



LOS CELOS

ARQUIMEDES, un tipo por demás conocido en los ambientes escolares, dijo, hace ya bastante rato: ¡Dadme una palanca y os levanto el mundo!

El pobre hombre no sabía por cierto lo que sabemos todos los ignorantes de hoy día: que el mundo está levantado desde su infancia para que le sea permitido rodar en torno al sol, según afirmó y probó el sabio Galileo.

Se me ocurrió pensar en Arquímides, porque hace dos años, hice yo también una pequeña reflexión, no precisamente inspirada en la palanca, sino en una cacerola esmaltada que perdió un poco de su capa lustrosa al caer sobre las baldosas del patio.

Se me olvidaba decir a ustedes que la tal cacerola, antes de caer, golpeó violentamente mi cabeza, abriendo una ventanita de regular tamaño, que necesitó por lo menos media docena de puntos para cerrar su boca.

He ahí que se me ocurrió pensar, por primera vez, en la vida, en la cuestión esa de la gravitación de los cuerpos, pues era también la primera vez que un cuerpo extraño caía sobre el mío.

El hecho pasó de esta manera: mi señora, que ustedes conocen porque es igual que todas las señoras de este bárbaro mundo, se había encaprichado en querer revisar mis bolsillos, convencida de encontrar en ellos suficiente material para alimentar sus celos, más hambrientos que un vulgarísimo maestro de escuela.

Yo no me oponía nunca a los deseos de mi señora; soy un hombre pacífico que no ha tenido ocasión, durante su vida, de frecuentar ambientes de lucha, habiendo sido rechazado de la política por obtuso y de la guerra por anémico.

La única vez que he tenido oportunidad de demostrar que en mi espíritu está plantada la semilla del héroe, que podría brotar algún día, ha sido cuando me casé.

Pero eso también fué una hazaña relativa, porque el peligro, insospechado en el momento del hecho, se presentó después de algunos meses, cuando yo menos lo esperaba.

Lo peor del caso es que, cuando se presentó, la semilla dejó de brotar y el pedacito de tierra de mi heroísmo, se ha quedado más pelado que el asfalto de la Diagonal Norte.

A nosotros — los hombres que pertenecemos al sexo débil — una vez casados nos sucede siempre lo mismo; temblamos más frente a nuestra cara mitad que en el momento de subir al trencito del Parque Japonés...

Por eso yo no me atreví a contrariar a mi patrona (el gaucho es bien pintoresco y lógico en sus expresiones y dejé que revisara todas las cavernas de mi traje.

Ese día los bolsillos estaban vacíos, no solamente de plata, sino de papeles. Una sola tarjeta comercial había en uno de ellos. Una tarjeta sin importancia que llevaba una anotación en el dorso: Mary — 38-0164.

Era el número del teléfono de una perfumería con la que mantenía yo relaciones comerciales.

Pero la manía de mi ex señora, de hallar en todas partes una prueba de infidelidad, hizo que la anotación esa trajera a la luz la palanca de Arquímedes, la constatación de Galileo, la teoría de la gravitación y la... cacerola.

Fué la noche misma de aquel día que, al regresar de mi trabajo, me encontré con todas las furias desencadenadas del Averno.

Una telefoneada a la perfumería, la contestación de una voz femenina (la cajera) y una ambigua conversación, dieron a mi torturadora la pauta para sentenciarme sin defensa y aplicarme, después de un rosario de insultos, la pena de la cacerola.

Ahora que ya estoy divorciado, gracias a Dios y a Mme. Tellier, recuerdo el incidente de la tarjeta, porque acabo de tocar... la consecuencia de la gravitación de los cuerpos más pesados que el aire.

¡Cuántos momentos terribles he pasado en pocos años de matrimonio! ¡Cuántas amarguras!

Precisamente pensando en mi actual independencia, es que se me ha ocurrido, esta mañana, escribir una líneas para decirle a ustedes, los hombres aun casados, cómo he conseguido deshacerme de mi carcelero y recuperar la libertad perdida en el instante en que el oficial del Registro Civil me arrancaba ese "sí" automático, que todos pronunciamos en un momento de debilidad mental.

La cosa ha pasado en una forma verdaderamente extraordinaria, lo que no hace esperar a todos la misma suerte que yo. Mi mujer, ¡que Dios la regale a otro! tenía la horrible costumbre de ser estúpidamente celosa. Digo estúpidamente, porque, si ha habido en el mundo celos injustificados, han sido los de mi ex señora, que no tenía ninguna razón para torturarme, pues yo soy un hombre refractario a... las faltas domésticas y tan superlativamente tímido, que nunca tendré una aventura amorosa, a no ser que alguna dama se enamore de mi persona, me lo haga saber y me venga a buscar a mi casa.

A pesar de esto, mi ex señora, con sus eternas sospechas, no me dajaba tranquilo un momento, haciéndome pasar media docena de malos ratos todos los días.

Cansado de esta situación, deprimente, y sin fuerzas para actuar con energía, resolví idear una treta para curarla de esa enfermedad que tanto molesta a quienes no están contagiados de ella.

Supe por doña Lisa, una amiga de mi ex cara mitad, que existía una pitonisa de moda, llamada Mme. Tellier, tan hábil en predecir el futuro, como en arreglar líos entre novios y casados.

Con una tarjeta de doña Lisa, me fuí a la avenida Alvear, en busca de esa buena señora, para rogarla me indicara la manera de modificar el carácter de mi socia matrimonial, evitando así las dolorosas escenas que me obsequiaba a raíz de sus desgraciados celos.

Hallé en Mme. Tellier una mujer completamente dispuesta a tomar en consideración mi desdicha e idear la manera de aliviarla. Después de haberme predecido un futuro feliz (en eso no se equivocó) la optima señora me interrogó minuciosamente acerca de mi esposa. Al enterarse de todos los detalles de la enfermedad, la pitonisa me tomó de una mano y casi cariñosamente me preguntó:

—Su señora, acaso, no ha tenido nunca su lado débil... con algún amigo suyo... por ejemplo...

Respondí con una indignación (de la que hoy me arrepiento), que en cuanto a eso habría puesto la cabeza en el fuego, pues tenía la más completa seguridad sobre la conducta de mi mujer que, a pesar de sus defectos, era una fortaleza inexpugnable en su rígida honestidad.

—Hay que inventar algo, entonces, — me dijo Mme. Tellier —; hay que buscar la manera de darle una lección con sus mismas armas. Vamos a hacer una cosa — agregó —. Pídale a Da. Lisa que le insinúe a su esposa que me venga a consultar. Yo hallaré la manera de ponerla en aprietos y de amenazarla, si fuera el caso, para que lo deje a Ud. tranquilo de una vez. Parece tan noble y tan bueno Ud.— me dijo luego con admiración — que yo quiero ayudarle en todo lo que pueda.

Después de convenir la treta que debía curar a mi torturadora, saqué la cartera para abonar a Mme. Tellier el precio de la visita y me encontré con una sorpresa agradable: la pitonisa no me cobraba nada, por ser yo un hombre muy simpático y merecedor de toda su consideración.

No le costó mucho a Da. Lisa convencer a mi mujer de que podía descubrir algo seguro acerca de mi infidelidad, consultando a la famosa Mme. Tellier.

El día de la visita, de acuerdo con la pitonisa, me escondí detrás del cortinaje que separa la sala de experimentos del dormitorio de Mme. Tellier, para asistir a la entrevista que debía modificar en algo el carácter de mi mujer.

A la hora citada llegó la visitante, que fué introducida inmediatamente a la presencia de la adivina, quien la hizo sentar frente a ella, separándolas la mesa sobre la cual estaba colocada la famosa bola de vidrio, en cuyo interior, las personas que han estudiado en la India ven una cantidad de cosas raras.

Mme. Tellier, que había anotado todos los datos que yo le había suministrado sobre la señora, no tardó mucho en deslumbrarla con su profundidad de psicóloga y maestra del ocultismo, preparándole el espíritu a una mansedumbre inusitada y a una admiración pocas veces sentida. El punto culminante de la entrevista se vislumbraba cercano, por la conversación hábil de la adivina, quien entraba poco a poco en el terreno de las confidencias.

—Veo en esta manchita colorada que cruza el vidrio de arriba para abajo, una enfermedad muy acentuada en Ud., señora; la enfermedad de los celos. No me equivoco mucho afirmando que Ud. tortura a diario a su esposo, con la sospecha de que le sea infiel. Esto es muy malo, señora, especialmente para una mujer como Ud. que posee un carácter romántico y por demás espontáneo, que puede llevarla a faltar a sus deberes de buena esposa.

A este punto de la peroración, noté en mi mujer algo extraño, como si temiera que alguien oyese la insinuación. Se dió vuelta para todos los lados, con mal celado disimulo, mientras la pitonisa, fijándola bien en los ojos, continuaba, maligna:

—Nosotras, las adivinas de verdad, sabemos todo. Entiende Ud. bien, señora? Sabemos todo — y recalcó bien las palabras. Me pareció que mi mujer palidecía.

—Las señoras como Ud. no tienen derecho de ser celosas. Veo en el blanco de sus ojos, reflejarse la imagen de un hombre rubio, que la visita con frecuencia, porque es amigo de su marido. Un hombre alto y atrevido, que viste con elegancia y que tiene fama de conquistador...

Un grito sofocado de mi mujer, hizo que mi anemia desapareciera instantáneamente, dando lugar a un color rojo sangre, que se adueñó de mi cara de enfermizo y me proporcionó el calor de una fiebre repentina.

—¡Arturo! exclamó mi señora procurando atenuar las vibraciones de la voz. ¡Pero señora! o Ud. es el mismo diablo en persona o Lisa, la infame, le ha contado...

La semilla del héroe pareció brotar en mí durante un segundo. Me abalancé sobre mi media naranja con el ánimo de cometer un delito peor que el de Bonini, pero tuve que desistir de mi intento, porque al pegar el manotón para agarrarla del pescuezo, solamente conseguí juntar las dos manos en el aire, pues mi mujer acababa de desmayarse y caer...

El divorcio lo obtuve por medio del abogado de Mme. Tellier, que ha sido tan amable y buena conmigo.

Ahora estoy libre, completamente libre de casarme con ella, que bien merece esta atención, después de todo lo que ha hecho para demostrarme su simpatía.

ALDO DIECI



EL MAS ALLA

UNA famosa encuesta de "Le Matin", publicada a fines de 1901, registra las confesiones y revelaciones de muchos hombres y mujeres que entonces formaban el "tout París" de las artes, las letras y las ciencias.

Entre todas las respuestas publicadas por "Le Matin", adquirieron extraordinaria resonancia las manifestaciones de Mme. Augusta Holmes, suerte de ya olvidada Corina de la época, autora entonces famosa de "La oda triunfal" y "La montaña negra", amén de melodías admiradas como "El himno a Eros" y "Les griffes d'or". Esta dama vive virtualmente bañada en el piélago misterioso del más allá. Su departamento de la calle Juliette Lambert parece ser el lugar de cita de los espíritus más disímiles por sus predilecciones. Desde que se levanta hasta que se acuesta, sus días transcurren en un ambiente maravilloso de compenetración con el ultramundo. Sus cofres encierran el tesoro de amables obsequios de las almas desencarnadas: desde el fino plumón caído de las alas invisibles de los ángeles, hasta la mecha de cabellos castaños un tanto agrisados del general boer Luis Van Stetten, místico mensaje trasmitido por vías irreales en el instante en que dicho jefe era capturado y muerto por los ingleses.

Pero entre todos los fenómenos con que fué favorecida Mme. Holmes, ninguno más encantador y extraño que el de los espíritus-pájaros que la distinguida música relataba así, abonando su relación con el testimonio de seis personas dignas de fe que también presenciaron el prodigio:

"El verano último, por orden perentoria de los Invisibles, abandonamos todos el comedor para reunirnos en un fumoir cuya puerta-ventana se abría sobre un jardín perfumado, que sólo las estrellas iluminaban vagamente. Eran las once de la noche y el ámbito estaba silencioso. De súbito, un lejano ladrido de perro, seguido de un largo chillido de pájaro nocturno, atrajo nuestra atención. Después fuí sorprendida de escuchar a mis pies una muchedumbre de píos y gorjeos de toda clase de pájarillos. Se busca por todo; ¡ni un pájaro! En seguida y poco a poco, el fumoir, que estaba plenamente alumbrado por lámparas eléctricas, se llenó de gritos, de cantos, de gorjeos de pájaros cuya multitud aumentaba siempre. Aquello parecía sobre todo la tumultuosa charla de innumerables golondrinas. Todos nos pusimos a buscar bajo el diván, entre las plantas verdes, por todo, sin descubrir nada; y los cantos continuaban sobre nuestros hombros, en nuestras orejas, con tanta fuerza que nosotros estábamos obligados a gritar para oírnos. En fin, el medium, en trance, nos dijo que él veía esos pajarillos, que eran maravillosamente bellos, y que se trataba de espíritus que deseaban hacerse entender por nosotros.

Después, y gradualmente, esos seres callaron, pareciendo alejarse volando en la noche; un solo pequeño pajarillo quedó gorjeando cerca de media hora todavía, inmediato al medium. El silencio nocturno reinó de nuevo.

★

El autor de "Los humildes" —muerto piadosamente en el seno de la iglesia— relata un caso verdaderamente curioso. Es el de la voz desconocida —especie de daimón socrático— que influyó tan poderosamente en su vida moral.

"He sido siempre cuando yo estaba en el lecho y poco después de apagarse la luz—escribía el poeta— que se producía el fenómeno. Yo escuchaba entonces, distintamente, una voz que me llamaba por mi nombre de familia: Coppée.

Seguramente, yo no duermo en esos momentos; y la prueba es que, a pesar de la profunda emoción y la palpitación del corazón que sentía, siempre —entendedme bien, siempre— inmediatamente, respondía: —¿Quién me habla? Pero nunca la voz agregó nada a su simple llamamiento.

Yo he escuchado esta voz muy raramente y en circunstancias bastante graves de mi vida moral, cuando yo tenía preocupaciones o estaba descontento de mí mismo. Y siempre ella ha tomado el tono de queja o de reproche, pareciendo compartir mi pena o amonestarme por mis malos recuerdos. Esta voz, yo no la conozco. No me recuerda ni la de mi padre, ni la de mi madre, ni la de ninguna otra persona a quien yo fuese particularmente querido o que yo haya amado mucho y no exista ya. Pero ella es, lo repito, clara y distinta; y lo que es más notable, verdaderamente pavoroso, lo seguro, es que parece siempre, por el acento que pone en esa palabra —mi nombre— responder al sentimiento de que yo estoy animado. Debo agregar que han cesado sus llamamientos desde que he recobrado, muy humildemente, el hábito de la plegaria".

★

¿Quién recuerda actualmente al diabólico monsieur de Phocas y al bizarro Bougrelon con sus jactanciosas historias de pobre diablo metido a constructor de quimeras? Y, sin embargo, a principios de siglo Jean Lorrain era el escritor perverso por excelencia, aquel de quien se referían en voz baja los refinados hábitos y cuyas alucinaciones de eterómano constituyeron casi un género literario, gustado hasta el ditirambo por aquellos —¡y eran tantos!— que ostentaban su real o fingida negligencia de "blasés" por todos los cenáculos literarios o sencillamente "snobs" de Europa... y América.

He aquí como refiere "Le buveur d'eter" las extrañas y misteriosas presencias que frecuentaban las noches de su casa de la calle Courty, llamada por él mismo en un cuento de sus Sensations et Souvenirs "Le mauvais Gite" (La mala madriguera):

"Mis noches eran atroces. Yo sufría perturbaciones de la vista y el oído. El silencio de mi dormitorio estaba poblado de pasos; se marchaba allí por los muros, las cortinas se entreabrían por acción de invisibles manos, las puertas se abrían solas; y eso siempre que la habitación estaba a oscuras. Estando las luces encendidas, pies desnudos asomaban bajo las mamparas, manos de mujeres se insinuaban fuera de las colgaduras. Yo debía, frecuentemente, irme a dormir a un hotel y terminé por abandonar ese departamento.

¿Esos fenómenos eran manifestaciones de lo Inconocido o simples consecuencias de los abusos del éter? De todos modos, hay una cosa extraordinaria que hace inclinar el juicio hacia la primera hipótesis. Después de mi mudanza, el departamento fué alquilado a un [illegible] viejo solterón, un jubilado de las Aduanas, el cual, en seis meses, se volvió loco y terminó por suicidarse.

He sabido después que el departamento nefasto había sido antes la "garconniere" de un viajante de comercio de Lyon, un cierto Loustau, quien, llamado frecuentemente a París por sus negocios, aprovechaba sus ocios para llevar una vida muy estilo Regencia. ¿Eran los estertores de las víctimas de Loustau los que se encarnizaban contra mí? No lo sé. Pero las tinieblas de ese departamento lúgubre eran agitadas y su soledad poblada muy extrañamente".

★

No simpatizaba con el ocultismo el cantor de Mireya; mas tampoco ha dejado de pagar su tributo al misterio. He aquí el misterioso caso del perro que lo hizo creyente en la doctrina de la reencarnación. El animal fué encontrado por él una vez, vagando por los campos y desde ese instante acompañó al poeta, incorporándose enigmáticamente a su vida. Recibió el nombre de "Pan-perdu".

"Yo no hablaré —escribía el gran felibre— de los rasgos de extraordinaria inteligencia que hicieron a "Pan-perdu" célebre en toda la región. Pero el hecho siguiente puede relacionarse con la encuesta sobre el más allá y las fuerzas desconocidas:

Poco tiempo después de la entrada de "Pan-perdu" a mi hogar, mi mujer, acompañada de una sirvienta, fué, el Día de los Difuntos, al cementerio para depositar una corona sobre el sepulcro de familia. Ahora bien: el cementerio está cercado por muros y el perro en cuestión no había tenido jamás oportunidad de introducirse en él. Sin embargo, apenas se abrió la puerta, he aquí que mi "Pan-perdu" toma la delantera, desaparece entre los árboles y mi mujer y su sirvienta, estupefactas, lo encuentran momento después echado sobre nuestra tumba, esperándolas allí con un aire un tanto socarrón. Madame Mistral, todavía emocionada y con la doméstica por testigo, me relata más tarde la cosa. A partir de ese día y teniendo en cuenta otros hechos igualmente asombrosos, yo he adquirido la más enérgica convicción de que el perro "Pan-perdu" (piénsese lo que se quiera) era el órgano o el avatar de algún espíritu benévolo, un amigo muerto o algún antepasado, venido a mi casa para guardarme contra algún peligro misterioso ¿Quién sabe?"

★

Sabido es que Sardou el dramaturgo, admirado durante más de medio siglo con insólito fervor, y olvidado fervorosamente también por la generación siguiente, fué uno de los primeros adeptos del espiritismo; y, favorecido por extraordinarias condiciones de medium, llegó a ser el objeto o el sujeto de prodigios que hasta ahora carecen de racional explicación.

"Yo he sido de los primeros en estudiar el espiritismo desde sus comienzos —expresaba el autor de "Patrie" a Jules Bois, en una serie de cartas que alcanzaron gran resonancia en su época. De esto hace una cincuentena de años. Y bien; he pasado de la incredulidad a la sorpresa y de la sorpresa a la convicción. Los fenómenos materiales observados en las condiciones de examen más rigurosas, y testimoniados por sabios cuyos nombres no hay por qué recordar, no son discutibles y en la mayoría de los casos permanecen inexplicables en el estado actual de la ciencia. Es imposible desconocer, en un gran número de casos, la intervención de una inteligencia extraña a la de los operadores, que no es ni la proyección ni la resultante de sus propios pensamientos; y de no comprobar, en la producción de ciertos fenómenos, la acción de seres ocultos cuya verdadera naturaleza es difícil precisar".

Entre los fenómenos maravillozos en que intervino Sardou, figuran los dibujos de que fué autor, en trance de mediumnidad y que se publicaron en la segunda mitad del pasado siglo. Todos fueron firmados por Bernard Palissy (V. S. medium), porque parecen haber sido ejecutados bajo la inspiración del famoso creador de la cerámica.

De todos esos dibujos, el principal, y sin discusión el más bello, es la Mansión de Mozart en el planeta Júpiter, admirado por sus contemporáneos como una obra maestra y que fué trazado en una hora y media, con desconocimiento completo de lo que se iba manifestando bajo sus manos. A propósito de este diseño y de los restantes, Sardou explicaba que la casa de Mozart fué trazada "a la pointe" sobre el barniz de una placa de cobre, para ser grabado al agua fuerte en numerosos ejemplares. "Didier —agregaba— el librero académico del muelle de los Grands Augustins, espíritu resuelto, había mostrado mis dibujos a incrédulos que rehusaban creer que un trabajo tan complicado hubiese podido ser acabado en tan poco tiempo y con tal indiferencia del autor. Para convencerlos me rogó que reemplazara la pluma por un estilo y el papel por una placa de cobre barnizado; a lo que yo asentí. Y en una hora y media, más o menos, fué trazada la Mansión de Mozart sobre la placa, sin una vacilación, sin una detención, sin corrección alguna —imposible por lo demás— bajo los ojos de esos pasmados incrédulos".

Pero no solamente como ejecutor de concepciones arquitectóricas de los espíritus se relacionó M. Sardou con el más allá. El siguiente párrafo, de una carta suya, nos ilustra sobre el curioso caso de las rosas materializadas:

"¿Me preguntáis si creo en las materializaciones? Naturalmente que sí, pues yo mismo las he obtenido en los tiempos en que fuí medium. Y yo espero todavía que se me explique por alguna fuerza psíquica desconocida, o por una superchería de la cual yo sería a la vez el autor, el testigo y la víctima, cómo una mano invisible ha podido lanzar desde mi cielorraso, bajo mis ojos, sobre mi mesa de trabajo, un ramo de rosas blancas que yo he conservado durante muchos años, hasta que se deshizo en polvo".

★

Huysmans, el autor de "A rebours" no era ocultista. Satanista, sencillamente; pero en su calidad de experto en demonología, constituía autoridad indisputable en cuestiones relacionadas con el más allá y las fuerzas desconocidas. Dejémosle la palabra para conocer sus opiniones en la materia:

"También he asistido en otro tiempo a fenómenos espiritistas. No dudo un segundo que eso no sea demoníaco o, por lo menos, diabolizado. Un medium está muy cerca de ser poseído. El alma, en la vida ordinaria, está bien protegida; pero ella tiene, en cierto modo, postigos, tragaluces, que dan sobre lo Invisible. Se los abre de hecho metiéndose en el espiritismo, en el ocultismo y aun en el magnetismo (sic). Si el diablo no está siempre allí, debe estar muy próximo".

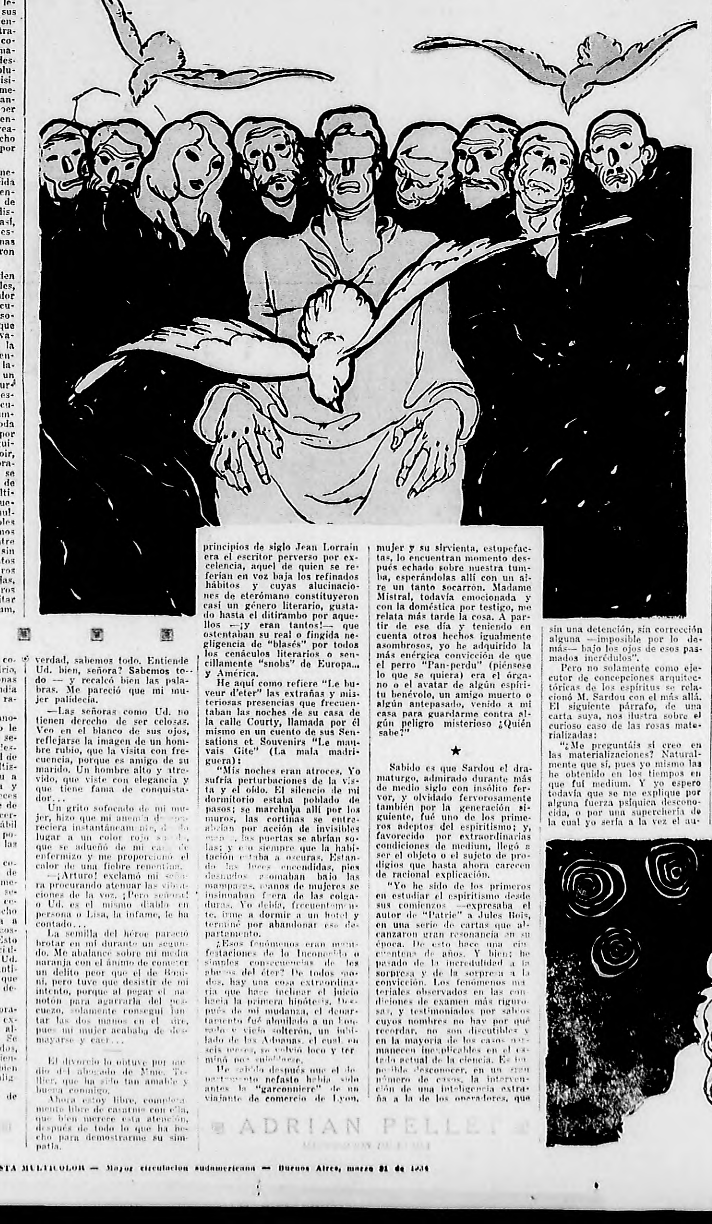
"Por lo demás —continúa con ruda franqueza— el espiritismo no ha hecho sino poner al alcance de los imbéciles las posibilidades del más allá. Ha sido inventado para las almas más bajas. El diablo ha sentido que el materialismo flaqueaba; por lo tanto, ha cambiado sus cartas; ha tomado otros triunfos que no ha perdido en este nuevo juego. Su suprema malicia consiste en hacer decir a los suyos que él no existe. El solo hecho de negar el diablo es una prueba de que se está poseído. Los espiritistas están en ese caso.

"Todos hemos conocidos a ese pobre Edouard Dubus, a quien las prácticas mágicas de Stanislas de Guayta volvieron demoníaco y demente. Ese poeta vino a verme la víspera de su muerte; estaba absolutamente poseído; yo intenté vanamente salvarlo, llevándolo a la confesión. Al día siguiente se le encontró muerto en un urinario. Los espíritus que evocan los ocultistas no pueden ser sino demonios".

★

¿Cómo referirse al ocultismo de fines del pasado siglo sin dar sitio preferente a tout seigneur... al sabio imaginativo que enseñó los misterios de la astronomía como un maravilloso relato de la fantasía y que fué llamado el Cristóbal Colón del planeta Marte? Sabido es que el apasionado Flammarion fué durante largos años un ferviente ocultista y que hasta el último instante de su vida afirmó su fe espiritualista sobre el testimonio de cuatrocientas treinta y ocho fenómenos de orden psíquico, personalmente comprobados por él. En su juventud alcanzó fama entre los iniciados, como Medium y trabajó como colaborador y secretario psíquico de Allan Kardec, el pontífice máximo de la escuela. Pero los años no pasan en vano. A la época del renacimiento espiritista Flammarion estaba ya de retorno. El antiguo medium había sometido a la más severa exégesis las revelaciones de la mediumnidad y ésta —¡ay!— no había salido airosa de la científica prueba.

He aquí como relataba Flammarion a Jules Bois la historia de un desengaño, a través de cuya ironía no deja de advertirse cierto suave matiz de tristeza: "Fuí en otro tiempo el colaborador de Allan Kardec y aun su secretario en algunas sesiones. Una parte de su libro "El Génesis", ha sido redactado de mi mano. Tratábase de la escritura automática, inconsciente. En tanto que Victoriano Sardou dibujaba mediumnímicamente las moradas planetarias, esas mansiones de Júpiter que él atribuía a la inspiración de Bernard Pelissy, yo firmaba revelaciones astronómicas con el nombre de "Galileo". Pero debí reconocer más tarde que yo había sido la víctima de mi propia imaginación. Desde que ese libro de Allan Kardec apareció, nosotros conocemos mejor el planeta Júpiter y he podido comprobar que el pretendido "Galileo" que conducía entonces mi mano, cometió numerosos errores; en suma, él no poseía más que los conocimientos frecuentemente erróneos que yo tenía entonces acerca de dicho planeta. Ello no hubiera ocurrido si hubiéramos tenido relación con el alma misma, superior y liberada, de "Galileo". Era simplemente mi inconsciente que dirigía mi mano y no un espíritu".



ADRIAN PELLET

Cinco Personas y un Perro Ñato

por L. Slavin

ILUSTRACION DE ROJAS

LOS ocupantes del departamento Nº 1 recibieron la revolución de noviembre a su manera. Era aquel un departamento raro para la época; carecía de dueño.

Este, el banquero Zarafopulo, al no prever nada bueno para sí de la creciente revolución, se ausentó para el extranjero, apenas ocurridos los acontecimientos de julio. Distribuyó las habitaciones del departamento entre unos amigos, exigiéndoles por toda paga, la buena conservación de los muebles.

Así, anticipándose a la municipalización de las viviendas, surgió en el mundo esta precursora de las casas socializadas. Y fué ahí donde nacieron, la desconfianza, la perfidia y la calumnia, todo aquel complejo espiritual que el futuro historiador denominará: "sentimiento vecinal".

La pieza más grande fué ocupada por el señor Jaritón, farmacéutico de profesión e inventor de innumerables productos de tocador destinados a devolver al cutis su brillo y frescura. Como otros tantos inventores, Jaritón fué seducido por la idea de un invento universal, o sea el de un elixir infalible contra las hemorroides y la caspa, como igualmente útil para exterminar las chinches y pegar la porcelana.

Los hábitos delicados de su profesión, influyeron paulatinamente en el propio carácter del farmacéutico, creando en él el deseo enfermizo de halagar a todo el mundo. Aseguraba a tremadamente hermosas y que todas las mujeres que eran ex- apenas resistía de enamorarse de ellas.

Aseguraba a todos los hombres que eran inteligentes y agradables, atribuyendo, por modestia, estas opiniones no a sí mismo, sino a conocidos escritores, artistas y estadistas. Resultaba así, que todas aquellas celebridades que uno conoce sólo por publicaciones, lo conocen a uno perfectamente, y siguen todos sus pasos con secreta benevolencia.

Una mala interpretación de esta delicadeza, influía en el ánimo de Jaritón desastrosamente, obligándole en ocasiones a ocultarse en su habitación durante semanas enteras, e impidiéndole así realizar algunos proyectos, como ser: conseguir en un banco, bajo interés insignificante, una fuerte suma de dinero; montar una obra rechazada por todos los teatros y otras cosas por el estilo. Siendo de notar que todos estos propósitos suyos, respondían únicamente al deseo de ser agradable a sus relaciones. A sus espaldas, todos le tildaban de idiota, mentiroso y meterete.

El temor a lo desagradable obligó a Jaritón a no salir a la calle aquel día. El sabía, como los demás, de que aquel día, el siete de noviembre, se desarrollaría en la calle la guerra civil, si bien poco entendía él de todo aquel berengenal del año 17.

Y es que una resolución redactada, sin nota del autor y sin grabados en que estuviesen representados el héroe y el villano, le horrorizaba por su incomprensibilidad. Jaritón era contrario a los bolcheviques, porque éstos eran contrarios al gobierno establecido.

El segundo ocupante del departamento era Lileico, al cual llamaban "Max-Práctico" o "El comerciante", como se titulaba él mismo. Era joven, desaliñado y muy cabelludo. El pelo crecía en su fértil cuero cabelludo en extrema abundancia, casi ruidosamente.



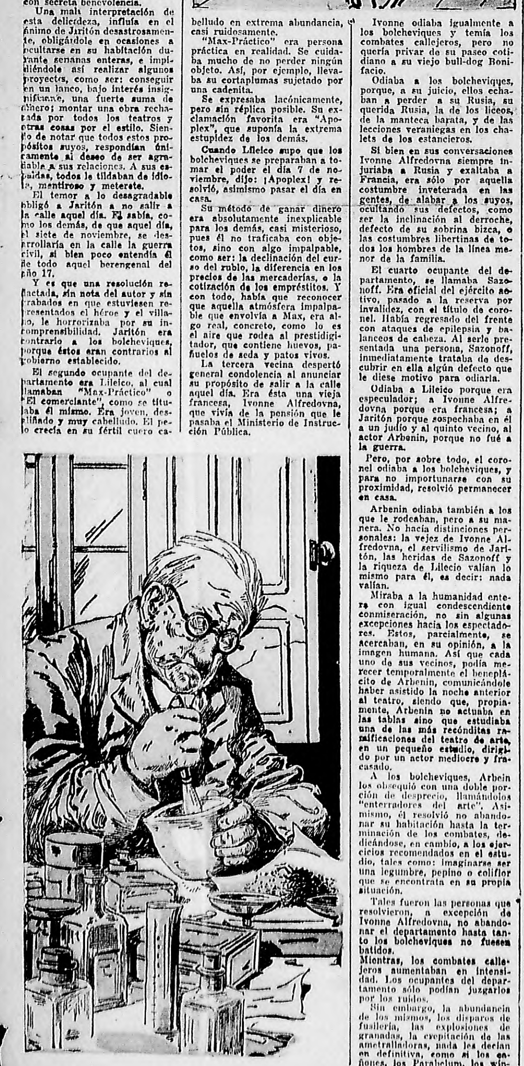
"Max-Práctico" era persona práctica en realidad. Se cuidaba mucho de no perder ningún objeto. Así, por ejemplo, llevaba su cortaplumas sujetado por una cadenita.

Se expresaba lacónicamente, pero sin réplica posible. Su exclamación favorita era "Apoplex", que suponía la extrema estupidez de los demás.

Cuando Lileico supo que los bolcheviques se preparaban a tomar el poder el día 7 de noviembre, dijo: ¡Apoplex! y resolvió, asimismo pasar el día en casa.

Su método de ganar dinero era absolutamente inexplicable para los demás, casi misterioso, pues él no traficaba con objetos, sino con algo impalpable, como ser: la declinación del curso del rublo, la diferencia en los precios de las mercaderías, o la cotización de los empréstitos. Y con todo, había que reconocer que aquella atmósfera impalpable que envolvía a Max, era algo real, concreto, como lo es el aire que rodea al prestidigitador, que contiene huevos, pañuelos de seda y patos vivos.

La tercera vecina despertó general condolencia al anunciar su propósito de salir a la calle aquel día. Era ésta una vieja francesa, Ivonne Alfredovna, que vivía de la pensión que le pasaba el Ministerio de Instrucción Pública.



Ivonne odiaba igualmente a los bolcheviques y temía los combates callejeros, pero no quería privar de su paseo cotidiano a su viejo bull-dog Bonifacio.

Odiaba a los bolcheviques, porque, a su juicio, ellos echaban a perder a su Rusia, su querida Rusia, la de los liceos, de la manteca barata, y de las lecciones veraniegas en los chalets de los estancieros.

Si bien en sus conversaciones Ivonne Alfredovna siempre injuriaba a Rusia y exaltaba a Francia, era sólo por aquella costumbre inveterada en las gentes, de alabar a los suyos, ocultando sus defectos, como ser la inclinación al derroche, defecto de su sobrina bizca, o las costumbres libertinas de todos los hombres de la línea menor de la familia.

El cuarto ocupante del departamento, se llamaba Sazonoff. Era oficial del ejército activo, pasado a la reserva por invalidez, con el título de coronel. Había regresado del frente con ataques de epilepsia y balanceos de cabeza. Al serle presentada una persona, Sazonoff, inmediatamente trataba de descubrir en ella algún defecto que le diese motivo para odiarla.

Odiaba a Lileico porque era especulador; a Ivonne Alfredovna porque era francesa; a Jaritón porque sospechaba en él a un judío y al quinto vecino, al actor Arbenin, porque no fué a la guerra.

Pero, por sobre todo, el coronel odiaba a los bolcheviques, y para no importunarse con su proximidad, resolvió permanecer en casa.

Arbenin odiaba también a los que le rodeaban, pero a su manera. No hacía distinciones personales: la vejez de Ivonne Alfredovna, el servilismo de Jaritón, las heridas de Sazonoff y la riqueza de Lilecio valían lo mismo para él, es decir: nada valían.

Miraba a la humanidad entera con igual condescendiente conmiseración, no sin algunas excepciones hacia los espectadores. Estos, parcialmente, se acercaban, en su opinión, a la imagen humana. Así que cada uno de sus vecinos, podía merecer temporalmente el beneplácito de Arbenin, comunicándole haber asistido la noche anterior al teatro, siendo que, propiamente, Arbenin no actuaba en las tablas sino que estudiaba una de las más recónditas ramificaciones del teatro de arte, en un pequeño estudio, dirigido por un actor mediocre y fracasado.

A los bolcheviques, Arbein los obsequió con una doble porción de desprecio, llamándolos "enterradores del arte". Asimismo, él resolvió no abandonar su habitación hasta la terminación de los combates, dedicándose, en cambio, a los ejercicios recomendados en el estudio, tales como: imaginarse ser una legumbre, pepino o coliflor que se encontrata en su propia situación.

Tales fueron las personas que resolvieron, a excepción de Ivonne Alfredovna, no abandonar el departamento hasta tanto los bolcheviques no fuesen batidos.

Mientras, los combates callejeros aumentaban en intensidad. Los ocupantes del departamento sólo podían juzgarlos por los ruidos.

Sin embargo, la abundancia de los mismos, los disparos de fusilería, las explosiones de granadas, la crepitación de las ametralladoras, nada les decían en definitiva, como si los cañones, los Parabelum, los winchesters y las Thompson hablaran a estas gentes, encerradas en sus habitaciones, en un idioma extranjero. Había que esperar. Además, ninguno de ellos, aparte de Lileico, pensó en aprovisionarse y sintiendo los ataques del hambre, se acostaron temprano.

Al día siguiente el hambre asumió proporciones insoportables, siendo que ni siquiera debía pensarse en salir. Se disparaba bajo las mismas ventanas. Y el hambre se acrecentaba por la ensordecedora culinaria de "Max-Práctico", cuya comida era acompañada de entrechocar de platos, sonar de cacerolas, freír de tortillas, chirridos de latas de conservas. De su pieza llegaban sin interrupción ruidos masticantes, deglutantes, digestivos. Ruidos de glotonería, saciedad, embutidura.

Al atardecer, de improviso, llegó Ivonne Alfredovna. Todos se lanzaron a su encuentro. El coronel, el farmacéutico y el actor observaron instintivamente sus manos, esperando ver en ellas algunos alimentos. Momentáneamente, la figura de la vieja, se asoció en ellos con la imagen infantil de la madre que vuelve de la ciudad cargada de golosinas.

Pero en los brazos de Ivonne Alfredovna sólo vieron, inmutable y pestañeando, sus rojizos párpados al bull-dog Bonifacio.

—Se me fugó, explicó la vieja, apenas conseguía atraparlo.

Resultó que Bonifacio, habiéndose asustado por los ruidos de fusilería, se le escurrió de entre las manos, y se lanzó en desenfrenada carrera.

Mas la agilidad del viejo perro y la de su patrona, fueron más o menos equilibradas, por la cual, la distancia que los separaba se conservaba casi inalterable. Así, persiguiendo al perro, la anciana atravesó el fuego infernal de los combates de noviembre, pasando por los puntos culminantes de la batalla. Los guardias rojos la condujeron a través de las barricadas. Los Junkers la sacaron de un edificio en llamas. Por fin, cierto joven alto, de chambergo, y aspecto romántico, tomó a Bonifacio y con la galantería propia de un extranjero, se lo entregó y sin aguardar a sus palabras de gratitud, tomó el fusil y subió a un camión cargado de marineros. ¿No habría sido el propio John Reed? —Tengo hambre, concluyó su relato Ivonne Alfredovna; Bonifacio tiene hambre también.

Pero, ¿quién vence? ¿Quién? ¿Los bolcheviques o nosotros?, exlamó "Max-Práctico.

—Los bolcheviques han rodeado el palacio, repuso Ivonne en tono lastimero; lo están derribando a cañonazos.

—¡Apoplex! dijo "Max-Práctico", evidentemente mal humorado y se retiró a su cuarto dando un portazo.

Los demás no se movieron.

Estas personas, que se desconocieron mutuamente durante tanto tiempo, de pronto se sintieron atraídos por un sentimiento común de simpatía y solidaridad. Fué aquello como aquel punto misterioso del infinito, lugar de unión de dos paralelas del que se nos habló solemnemente en el colegio.

Jaritón, seguido por las insistentes miradas de los demás, se acercó a la puerta de "Max-Práctico", cerrando la puerta con violencia.

Entonces, los cuatro, haciendo causa común, se acercaron a la puerta y uno tras otro se introdujeron en la habitación. En sus ojos ardía la resolución de saquear a Lileico. Sazonoff se dirigió a la mesa, alejando de allí a "Max-Práctico". El estómago vacío del coronel exigía poderosamente el establecimiento de la justicia social. Partió un salame en varias partes, entregando un trozo a cada uno.

Ivonne Alfredovna se posesionó de una botella de leche; a su mente, purificada por el hambre, la propiedad, repentinamente se reveló un robo. Tomó la mitad del contenido y el resto lo vertió en la garganta de Bonifacio.

Arbenin atacó las conservas. En un instante desapareció en él toda la obra de la educación burguesa. Furiosamente introducía en su boca anchoas, dulces, tocino, tomate.

El suave farmacéutico se metió bajo la cama, extrayendo de ahí cajas de galletas, ristras de salchichas, terrones de azúcar, matambre. Sintió sed de especialización, comunización de los alimentos, anulación de las deudas.

"Max-Práctico" lo contemplaba todo en silencio; de pronto gritó desaforadamente:

—¡Ladrones, abusadores! ¡Me van a arruinar!

Durante cinco minutos, no se oyó en el cuarto otro ruido que el sonar de mandíbulas y desde la calle el cañoneo.

Mas con cada trago, con cada trozo de esturión, de pescado en escabeche o de embutidos ingeridos, volvían en el ánimo de los vecinos los sentimientos que hacía un rato habían sido expulsados por el hambre: el respeto a la propiedad, el temor al castigo, la estimación de la riqueza, la complacencia. Los antiguos reflejos espirituales, paso a paso se iban ubicando en su lugar.

Aun se veían salames enteros, tarros con compota, empanadas, pero nadie los tocaba, porque se sentían hartos. La sublevación terminó.

Al mismo tiempo, en la calle se oyeron canciones. Sazonoff abrió la ventana.

—Ciudadanos, se oyó la voz de un joven, el proletariado venció. Los soviets se posesionaron del poder!

—¡Ladrones! profirió el coronel, amenazando con el puño la oscuridad de la noche. ¡Bandidos! ¡Ya les castigaremos!

El farmacéutico, el comerciante, el actor y la vieja, repitieron: ¡Ladrones, bandidos!



La Leyenda del Tucu

Insidioso, traidor, solapado, ruin de cuerpo y de alma, así era aquel hombrecillo raquítico y despreciable llamado Tucu.

Desde tiempo atrás se sucedían hechos inexplicables para los sencillos y honestos habitantes del villorrio aquel, que hicieron víctimas a muchas personas buenas, muy queridas y respetadas en el lugar. Discusiones y hasta peleas a muerte, entre hombres; desavenencias, tragedias en los hogares, causadas por intrigas. Un cúmulo tal de sucesos lamentables que los traía descontentos; tanto, que alguien llegó a pensar en que el mismo diablo había "metido la pata" allí, ya que les era imposible dar con el miserable autor de tantas maldades que, desde la sombra, manejaba o hacía aquellos trabajos de zapa, que estaban socavando la paz y la armonía de las gentes, amenazando concluir con la tranquilidad de todos y que tantas víctimas causara ya.

Pero ¿quién sería él?

Sucesivamente fueron muchos los vigilados, por desconfianza. ¡Y nada! ¡No eran!

Uno insinuó: ¿No será Tucu?

—¡Salga di'ahí! ¡Qué v'a ser ese infelis; esa porquería! ¿No le ve la facha? ¡Si ese es incapás de matar una mosca! ¡No sea bárbaro! ¡Tiene que ser uno de los grandes!

Mientras, escudado en su pequeñez, en su insignificancia, Tucu se reía: ¿Quién iba a ser capaz de sospechar de él, tan chiquito, tan "poca cosa", tan indigno de tenerse en cuenta? ¡Lindo nomás!

Con el tiempo acreció su deseo de vengarse de los más grandes que él, de los más ricos, de los más lindos, de los más felices. Y las calumnias e intrigas se multiplicaron en el villorrio, acrecentando el número de víctimas.

"Todo tiene su fin; nada es eterno". Los vecinos terminaron por descubrir al autor de aquello. En masa, fueron un día al rancho de Tucu; lo rodearon y: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡El fuego purifica! — gritaron enardecidos hasta el crimen...

La virtud purificante del fuego fué desmentida por el alma de Tucu, la que, muy campante, se presentó de inmediato ante Dios.

—Te enviaré otra vez a la Tierra — díjole éste, — pero ya no podrás causar mal a nadie. ¡Nunca más!

Y lo convirtió en un pequeño animalito, insignificante, despreciable.

Tucu regresó así a nuestro mundo: pero su alma era la misma de antes: llena de envidias, de ruindades, de odios.

Pensando, pensando, dió en la tecla. ¡Já, já! — reía. ¿Con que no, eh? ¡Ya verán quién soy yo¡ ¡Ya verán!... Y, poseído de ansias rabiosas, empezó a escarbar en la tierra. Apenas suspendía su trabajo para comer algo y vuelta a escarbar: de día, de noche, a toda hora.

Escarba que te escarba, terminó una larguísima galería subterránea, llena de curvas, ramificaciones, vueltas y revueltas, toda ella casi a ras de la superficie.

—¡Ahora, a esperar!

Y ahí está, por nuestros campos, siempre esperando. No es vana su espera, porque no fué en vano su paciente y enorme trabajo de zapa, de socavamiento. ¡Cuántos hombres, corriendo a caballo por el campo, han muerto o se han fracturado brazos o piernas por haber rodado el animal al meter una de sus patas en las galerías del tucu-tucu! ¡Y a cuántos animales, en sus disparadas, les ha sucedido lo mismo! ¡Esa es su obra! ¡Y ese es él: Tucu-tucu, como le llamamos todos.

En los lugares más propicios a estos bichos,. por las condiciones del subsuelo, suele ocurrirle a un paisano trotar en su cabalgadura cuadras y cuadras, sintiendo siempre, sin saber de dónde viene, ese su grito peculiar: *tucu tucu, tucu tucu*. Es que, por el resonar de las patas del caballo, él se guía en el intrincamiento de las ramificaciones de su galería y lo sigue, con el buen deseo de verlo en el suelo, con el pescuezo roto, para gritarle su nombre, pensando que todos conocen su pasado y en la creencia de enconarlo, toreándolo: ¡que lo vayan a buscar ahora como cuando lo hicieron arder con el rancho! ¡Que vayan!

En la atardecida, cuando sólo el mugir de los toros y el balar lastimero de los ovejas turban la honda paz de los campos, él sale a buscar qué comer. Pero no se aleja mucho de la entrada de su vivienda: cara a cara y frente a frente, nada podría. Es disimulado entre las sombras, con asechanzas, que pueden hacer daño.

¡Como cuando era hombre!

Guillermo Cuadri

Ilustración de Rojas



★ La Martineta ★

ESTE hermoso pájaro de caza, por su tamaño y su plumaje abigarrado, se parece al Rhynchotus Rufescens de las pampas, al cual representa dentro de la región patagónica, al Sur del río Colorado. Difiere de aquél en su parte externa, por el tinte más terreno de su plumaje, que le ayuda a protegerse y armoniza admirablemente con el color del estéril medio ambiente. También discrepa de aquél en que su pico es más corto y en que lleva una larga y fina cresta negra, la cual eleva esta ave a la manera de cuerno, cuando se halla provocada. Existe, a pesar de todo ello, una diferencia anatómica, que conduce a señalar que ambas especies no tienen un parentesco muy cercano. La estructura del canal intestinal de la Martineta es muy peculiar y difiere de la de cualquier pájaro disecado por mí; el canal se bifurca cerca del estómago en dos grandes tubos, que se ensanchan hacia la mitad y se extienden casi a todo lo largo de la cavidad abdominal y, además, están munidos con filas de protuberancias largas, membranosas y de forma de garras.



La Martineta vive en las mesetas elevadas y se encuentra principalmente donde existen parches de montes enanos entre los matorrales espinosos. Al parecer no necesita de agua, pues se la encuentra en los sitios más secos a donde nunca puede llegar. Le gusta sobremanera restregarse o acepillarse y construye huecos de forma circular parecidos a nidos en el suelo, para cumplir con ese propósito. Dichos huecos son muy hondos y están esmeradamente hechos y son frecuentados cada día por los mismos pájaros, durante el transcurso de todo el año.

Viven en bandadas de una docena a veinte o treinta pájaros y cuando se les molesta no vuelven inmediatamente por regla general, sino que saltan una tras otra y se escapan con una velocidad asombrosa, profiriendo, mientras corren, chillidos agudos y penetrantes, como si experimentaran un sentimiento muy acusado de temor. Aunque violento su vuelo, no hacen ruidos como el del Rufous Tinamu y difiere notablemente de él, desde otros puntos de mira. Cada veinte o treinta yardas las alas cesan de batir y quedan sin movimiento durante un segundo, al renovar el pájaro su esfuerzo, de esa suerte su vuelo está constituído por una serie de ímpetus más bien que por un impulso continuo, como acaece en las otras especies. Este movimiento va acompañado de una suave nota gemebunda, que parece esfumarse y luego renovarse así que se vuelve a establecer el aleteo.

La nota de llamada de la Martineta jamás es oída durante el invierno, pero en el mes de septiembre estos pájaros comienzan a proferir un largo silbido doliente, ligeramente modulado, durante las tardes, mientras las Martinetas, ocultas tras el follaje, se contestan de rama en rama. Al avanzar la estación las bandadas se dispersan y su llamado puede oírse proviniendo de todas partes y, a menudo, durante todo el día, desde el alba hasta el anochecer. El reclamo varía muchísimo según los pájaros, desde un silbido singular hasta la emisión de cinco o seis notas, que se parecen a las de la gran Perdiz, pero inferiores en cuanto al compás y a la melosidad.

Comienzan a empollar en octubre, construyendo su nido al pie de las raíces de algún pequeño arbusto aislado. Suelen poner de doce a dieciséis huevos: son ellos de forma elíptica y de un hermoso color verde obscuro; la cáscara está sobremanera pulimentada.

Creo muy probable que esta especie posee algunos hábitos curiosísimos de procrear, más de una hembra está echada sobre los huevos, pero debido al espíritu extremadamente cauteloso de esta ave en el estado salvaje es imposible el conocerla debidamente.

Llegará, a no dudarlo, el día en que los naturalistas hallarán ventajoso el domesticar a los pájaros de cuyo modo de vivir desean incautarse; puede ello ocurrir antes de que se hayan extinguido por completo las especies más interesantes con que cuenta el planeta.

G. E. Hudson

Ilustración de Rechain

PELOPONESO y JAZMIN



























